PERFIL LIBROS
Ficciones

UNA CORTESÍA

MILITA MOLINA

MILITA MOLINA

nació en Santa Fe el 22 de agosto de 1951. Publicó ensayos críticos en importantes revistas literarias como *Babel, Xul* y *El ojo mocho,* interesándose en general por autores alejados de los cánones, como Osvaldo Lamborghini, que marcaron su escritura. Es profesora de literatura del siglo XIX en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Su única novela publicada, *Fina voluntad,* se ilumina –al igual que *Una cortesía*– bajo las luces del siglo pasado, resultando en su obra una exacta combinación de esa estética con una auténtica modernidad.

UNA CORTESÍA

PERFIL LIBROS
Ficciones

UNA CORTESÍA

MILITA MOLINA

© 1998, Milita Molina
© De esta edición:
1998, LIBROS PERFIL S.A.
Chacabuco 253. (1069) Buenos Aires

Diseño: Claudia Vanni
ISBN: 950-639-150-5
Hecho el depósito que indica la ley 11.723
Primera edición: Marzo de 1998
Composición: Taller del Sur
Paseo Colón 221, 8° 11. Buenos Aires
Impreso en el mes de febrero de 1998
Verlap S.A. Producciones Gráficas
Comandante Spurr 653. Avellaneda
Provincia de Buenos Aires
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

Todos los derechos reservados.

A Ricardo Castro,
Óyeme, mi oíme.

Si he escrito ha sido
para interponer
olvido entre mi vida
y yo. Ahí tuve éxito.

Primera estación

Era aquél un día ciegamente luminoso, casi blanco. La atmósfera parecía asustada de su luz, como si fuera posible que en esa transparencia trémula de fulgores, ella misma no fuera más que un espejismo. El aire se estremecía, alocado, ligero: se diría que una voluptuosidad ajena se había alojado en su corazón, trastornándolo.

Había algo excesivo y fatigoso en la belleza del día; pero no sólo porque la belleza cansa –como cualquier otra cosa–, sino porque la atmósfera, impúdicamente bienhechora, se comportaba como si esperara de nosotros algún agradecimiento, o, tal vez un arrepentimiento definitivo, una confesión a la altura del juez, un estar al tanto de nuestra condición.

El Proveedor Universal repartía sus frutos desparramando dones como el hombre de bolsillo lleno

hace caridad, a la salida de la Parroquia, en día domingo, sin más medida que el prodigio de una bolsa sin fin. ¡Un Dios millonario, un Dios a quien le sobra! Un Dios perfectamente indiferente a los esfuerzos de los hombres, un Dios protestante, claro y distinto. Era, a no dudarlo, una atmósfera filantrópica y exigente: obligaba a disfrutarla, forzaba a entablar con ella algún comercio. Un día –¡cómo dudarlo!– bienapremiante y moralista, con algo de humillante, de adrede. Cualquiera hubiera dicho que la atmósfera estaba aquel día consciente de su soltura, de su donaire, como si superados los ademanes ilimitados de la fatalidad, recién venida al mundo, poseyera el corazón de un hombre bestial que ha conservado el capricho completo que regía su antigua vida, pero con una conciencia floreciente, tan floreciente como para empezar a volverse contra sí, queriendo saber qué había de nuevo o de diferente en su estado de ánimo actual. Un Dios al que se le ocurriera considerarse su propio enigma. Un día bello pero nada tranquilizador, si las cosas se ven en esta línea de pensamiento. La felicidad –como tantos artistas lo han señalado–, no es sólo un error estético, es también una detención del tiempo, y aquel día tenía alguna huella de ese error. Cierta fijeza, posiblemente, y un obsesivo deseo de que las cosas duraran así.

En esta línea de cosas parecía ubicarse la joven asomada a la ventana que empinándose sobre las puntas de los pies escrutaba el cielo como si buscara, en algún lugar muy lejano, una imperfección, una grieta, una falla. Quiero decir que, si la extranjera estaba viendo el día con nuestros ojos, no resulta improbable que su humano corazón estuviera inquieto, sobrepasado, vigilante, intentando responder a tanta belleza gratuita y, aun, sospechosa, recelando de ese polvillo dorado de bienaventuranzas con un involuntario mohín de su nariz.

En todo caso, como Greta Krüll era naturalmente altanera, es decir sin poner en ello el menor propósito, sin siquiera tener el menor reconocimiento de que ése era el efecto que producía en los otros a causa de un carácter cuya extremada concentración en algún punto, aspecto o cuestión que ostensiblemente no participaba a nadie, le acarreaba el resentimiento de la mayoría de la gente que, como se sabe, cultiva el deseo de ser participada, convidada al secreto personal –convencida, erróneamente, de que todos tenemos alguno–; no era raro, desde esa perspectiva, que al vérsela ahora tan absorta y suspendida de la atmósfera, terminara pareciendo que era la atmósfera la que había resultado rendida a su avidez y pendiente de vaya a saber qué aspecto íntimo de Greta, suspendida en la línea de fuga de su mirada: un punto real, concreto –la línea de fuga de esa mirada con el

mundo–, un punto que de no existir, dejaría en el mundo mismo una especie de pozo sin fin. Estaba la extranjera tan concentrada en ese cielo, tan preocupada y desafiante se la podía ver en su ventana, inmóvil en su cabina, que no era difícil imaginar que entre ella y la atmósfera se había creado una vigilancia mutua, un suspenso que, si se quebraba, produciría un ruido que no dejaría de ser escuchado por los oídos más sensibles, como quien escucha un copo de algodón tocando la campana de cristal del Universo, así de atento habría que estar para escuchar ese ruido, tanto como parecía estarlo Greta Krüll aquel día. Greta estaba sola, el mundo estaba solo. Eran dos apartes.

Aunque extática, Greta no daba la impresión de estar detenida (al modo de una figura en el juego de las estatuas); más bien el efecto que producía era el de haberse movido siempre un momento antes o un momento después, sin que se llegara a advertir el momento preciso en que el movimiento se producía, como una ilusionista. Cuando uno se daba cuenta que había cambiado de posición ya estaba quieta otra vez. Se tenía la impresión de que al lado de ella uno podría sentirse como esos animales que han estado echados por largo tiempo a nuestro lado del sofá sin que lo supiéramos. Frente a la extranjera podía uno imaginarse protagonizando el momento en el que un gato, por ejemplo, da señales de vida de repente, re-

velándonos, de una manera casi estúpida, que allí habíamos estado, compartiendo el mismo tiempo y el mismo espacio, en perfecta falta de comunidad, confortablemente imperceptibles el uno para el otro. Una sensación saludable y deliciosa, única.

Como las nubes haciéndose en el cielo, recortándose del fondo sin tomar nada de su materia; como diablillo de la forma, con su postura furtiva, la joven de la ventana creaba –por así decirlo– un instante más manifiesto, más abierto, casi un instante propio, una declarada duración de tiempo, por sustracción o por añadidura, era imposible determinarlo. Lo que interesa es que si esta posición de Greta iba a resultar un elemento perturbador para el desarrollo del encuentro que estaba a punto de mantener con el caballero que aguardaba en la sala, sería porque –como veremos– el caballero de marras se dejaría cautivar de entrada por Greta, al tiempo que recelaría de ella, a causa de los mismos rasgos que lo fascinaban. No sé si ésta es una explicación adecuada de los hechos y tal vez resulte psicologista, vulgar o de corto vuelo, considerando las condiciones más generales del encuentro, pero en todo caso, resulta de cierto valor, al menos en cuanto a los momentos iniciales.

Me veo en la obligación de confirmar, desde ahora, y en favor del visitante, que si bien la joven sus-

pendida de la atmósfera tenía vida y no era una delicada muñeca escapada de las garras del sabio Loco, ni una nube más de figura extraña, había en su persona algo de hiperreal que "tenía su impacto". Al visitante le recordaría a las palomas que escapan de la galera de un mago (tenía algo así de rotundo y de loco), un modo particular de lo nítido, una solidez empañada por la melancolía de la primera desaparición; casi como si en el comienzo hubiera sido una desaparición, directamente, lo que le confería a la aparición un aire de fatiga inútil, la desazón de haber gastado algo de su existencia en otro tiempo y en otro lugar, ése en el que las cosas existen sin nosotros y que les confiere un plus de realidad, una doble presencia, y un desfallecimiento añadido.

El estilo de presencia de la joven era también de instantaneidad fatigada, como si se tomara el trabajo de aparecer cada vez, en un renovado ahora, ahora, ahora, como alguien que saliera a saludar eternamente, sin que el espectador pudiera percibir la diferencia entre un saludo y otro, un saludo renovado a perpetuidad, un continuo construido a pulmón. Cuando el visitante hiciera su entrada, apenas traspuesta la puerta, percibiría también esta suerte de truco, ya que los vanos intentos por "intentar captar y detener aquella mirada" –intentaría captar y detener esa mirada desde el principio– iban a imprimirle a su primera escena con la extranjera una inestabilidad particular, co-

mo si una luz parpadeara extraviada sobre el escenario y se tropezara suavemente, chocándose aquí y allá, como en una linterna mágica, como si todos los elementos de la escena fueran alocados fragmentos de vidrio coloreado, y toda la escena un enorme caleidoscopio cuya fuente de luz proviniera de la ventana que Greta iba a dejar abierta durante todo el encuentro.

En un sentido semejante al de las excesivamente verosímiles palomas, Greta parecía crear su propio movimiento mágico de aparición, rasgo de estilo que resultaba de la posición que adoptaba en la ventana: estaba tan inclinada hacia afuera que cualquiera hubiera dicho que podía vencer la resistencia de la baranda, y como el aire continuaba dotado de una transparencia enceguecedora, un recién llegado a la escena, enceguecido él mismo, sólo hubiera visto un par de piernas estiradas, cortado como quedaría el cuerpo, un pedazo para la luz y otro para una especie de sombra brumosa, invadida por el haz de luz proveniente de afuera, una sombra impregnada de corpúsculos vagando en la luz, miliun de partículas habituadas a ser imperceptibles, moviéndose impúdicamente exhibidas por la tremenda luminosidad del día. En todo caso, cuando el recién llegado lograra ver la figura completa, su sorpresa no sería menor porque, en ese

momento, advertiría cómo la forma de la silueta parecía desprenderse del cuerpo y proyectarse en el vacío, como una línea de sombra, en fuga.

Sin embargo, pese a la especie de fragilidad mágica que suscitaba todo el cuadro, el equilibrio de Greta no peligraba y, además, nunca había estado estrictamente inmóvil. Sus ojos se desplazaban, ni hacia arriba ni hacia abajo, ni hacia un costado ni hacia otro, y al visitante le costaría "captar aquella mirada", y él también hubiera jurado que aquellos ojos se movían o, al menos producían una impresión tan vívida en esa dirección que cuando al fin lograra verlos detenerse –de un modo tan fugaz que dudaría de su percepción rápidamente– vería unas gigantescas pupilas grises, sobreimpresas en la figura de un remolino desaforado y súbito que intentase devorarlas, unas pupilas cuyo tamaño hubiera sido agrandado en sucesivas ampliaciones fotográficas, detenidas en un primer plano fijo y montadas sobre una transparencia turbulenta y endemoniada que parecía aspirar a devorárselo todo, a arrebatar el mundo en su vórtice. Y "todo" y "el mundo" eran –para el caso– las pupilas de Greta Krüll. Así de sugestionado quedaría el visitante por la mirada de la extranjera, como si una visión absorbente lo tironeara a él también hacia algún fondo –que parecía infinito– arrastrado por un mo-

vimiento furioso y perfectamente irreversible, como esos tristemente célebres remolinos en el mar que hurgan con su desesperación las entrañas de la tierra. Un taladro que le perforara la cuenca de los ojos y pretendiera vaciar su mirada vería el visitante en la mirada de Greta, una mirada dolorida, sí, pero ese estilo de dolor que sobreviene a los grandes esfuerzos físicos. Pero no sería este rasgo tan poco psicológico lo que terminaría de admirar al visitante. No, por el contrario, él advertiría –en estado casi devocional– que, lejos de ser devoradas por vaya a saber qué fuerza exigente e imperativa, esas pupilas se agrandaban a medida que se agrandaba la espiral del imaginario remolino, por lo que todo el dolor de la fatiga física resplandecía en el brillo de una mirada triunfante, realmente altanera. De todas maneras, si bien la joven tenía estilo, manera, como se suele decir, la impresión general que sufrió el visitante, aunque con ciertos ribetes de realidad, resultaba exagerada y ciertamente estrambótica. Sólo la idea que el caballero se había hecho de aquel encuentro podría justificarla.

Lo único cierto era que la joven tenía esa cualidad que llaman presencia, algo así como una suerte de atmósfera propia. No me atrevería a avanzar mucho más sobre este aspecto, pero de alguna manera, en algún detalle que no me resulta posible precisar, ella misma parecía consciente –y en este sentido el vi-

sitante no exageraría–; ella misma parecía estar convencida de moverse en el mundo como un dibujo animado en un decorado, o mejor, como una figurita incrustada en medio de una humanidad laboriosa y tenaz que no necesitaba de ella para continuar con sus afanes. Más aún, Greta parecía tomar todo este drama metafísico –su manera de existencia en simulacro, para decirlo de modo tradicional– como quien se disculpa por un gesto de mala educación que ha cometido otro –con vergüenza, con pudor–, sumándose a la marcha de una caravana que –por vaya a saber qué malentendido– no la tenía en cuenta en lo más mínimo. Una partícula díscola de la mónada universal. Tal vez toda su atracción se concentraba en este rasgo que, aunque abstracto, tomaba forma en ella. Como si el estilo en estado puro creara un círculo a su alrededor y la moldeara a su antojo, como se moldea una nube en el cielo, sin buscarle una forma al destino que "si la tuviera hasta yo la buscaría", como dice el famoso verso del poeta.

Cuando el visitante fue introducido en la sala se sumó a esta cadena de impresiones, a juzgar por una sensación que lo turbó notoriamente: apenas entrar se vio tironeado por dos fuerzas diferentes, como si hasta un segundo antes de que él apareciera, Greta hubiera estado hablando con alguien, y todavía reso-

nara el eco de esa presencia, una presencia que sin saber por qué, el visitante no imaginó en la sala, sino del otro lado de la ventana. Una presencia verdaderamente fantasmática porque si bien el edificio no era altísimo, se encontraban en un piso lo suficientemente elevado como para asegurar que nadie podría haber estado del otro lado, salvo que el recién llegado hubiera entrado en la dimensión de lo sobrenatural, que no era el caso.

El visitante razonó que su impresión estaba condicionada por el carácter huidizo de esa mirada que no lograba captar, rasgo que fue desmentido rápidamente por el hecho de que la extranjera se había lanzado a mirarlo de manera franca y abierta, "como invitándome a plegarme a ella" –pensó el visitante–, sin que la palabra plegarse le resultara adecuada en lo más mínimo para calificar su actual sensación.

En verdad, y para un observador que no estuviera en antecedentes de los motivos de este encuentro, la escena había venido jugándose muy del lado de lo teatral, de lo deliberado. Tal vez el tiempo que Greta se había tomado para apartarse de la ventana y recibir a su visitante, unido a la postura ocasional adoptada por el caballero durante la espera, habían contribuido a crear esta suerte de efecto teatral, de cuadro abierto a lo sólido, no a las correspondencias. Todo estaba, de alguna forma, desligado: no se nadaba en el aire, se chocaba con bloques. La Atmósfera, Greta,

la sala, el visitante, todo parecía carecer de un medio en común.

Por otra parte, el tiempo que Greta se había tomado para continuar en lo suyo (como si no hubiera nadie esperándola) y cierta posición casual del visitante esperando sin que nadie pareciera tomarse el trabajo de estarlo esperando a él, hubiera confirmado, para un observador del cuadro completo, la presencia de un aire diferido, impregnando toda la situación: dotándola de una expectación similar a la que se produce cuando los actores ya están en escena pero, sin embargo, la representación no comienza, por lo que la representación a causa de su misma fijeza termina adquiriendo un aire de haber empezado desde siempre. Pero en este caso había algo más. El supuesto observador no hubiera sabido explicar tampoco por qué, pese a que cada uno de los personajes había estado situado en habitaciones separadas, sin haber entablado aún ninguna relación, el visitante, a poco de tomar asiento en el recibidor y sin que mediara ningún estímulo aparente, había pegado un respingo, poniéndose súbitamente de pie como si algo en la pared que tenía delante hubiese llamado repentinamente su atención. Si el gesto, que parecía tan alocado e incomprensible para quien lo ejecutaba como para el observador, había resultado enigmático era porque la pared hacia la que el joven se había precipitado estaba desnuda: no había allí nin-

guna cosa (al menos visible) que hubiese podido llamar su atención. Sin embargo, y esto era lo enigmático, el caballero miraba hacia el lugar preciso en que se encontraba Greta, pared de por medio, por lo cual parecía que una mano invisible hubiera trazado una línea no tan invisible que tendía un puente entre la mirada del joven y la espalda de Greta en su ventana. Aunque era perfectamente imposible, el visitante hasta parecía encandilado por el haz de luz proveniente del cielo que Greta miraba, cosa aún más curiosa porque también daba la sensación no menos imposible de que el visitante no veía a Greta de espaldas sino de frente.

El cuadro resultaba así: azarosamente trastornado. Y como el caballero no tenía en absoluto los modales de una persona indiscreta o fisgona, él mismo parecía el trastornado y no la situación, ya que había quedado actuando una especie de voyeurismo para sí, los ojos blancos, indiferente él mismo a su voyeurismo, más semejante a un actor insensato que no esperó a su partenaire para entrar en situación. En el mejor de los casos, si el joven estaba ensayando –otra posibilidad– se trataba de un malentendido de poca monta que, sin embargo, conducía a sacar conclusiones complejas.

Y volviendo a Greta –si se acepta esta visión extravagante de las cosas–, conseguía formar, ella sí, un cuadro completo, como si no esperara a nadie, como

si el caballero fuera el animal imperceptible echado al lado del sofá y ella disfrutara de su inexistencia.

Para que no florezca el delirio y el lector pueda ver el cuadro con mayor claridad, es necesario aclarar que no había en la escena ningún tufillo de teatro experimental, y que por el contrario, la escena, el decorado y los personajes tenían un aire netamente clásico, es decir, confiado, objetivo, representativo en grado sumo. Si aquel encuentro hubiese sido una obra de arte se podría decir que el artista era más bien un hombre cuya honestidad lo alejaba de cualquier idea de escandalizar con alguna novedad estruendosa, y, daba incluso la impresión de que supuesto que esta novedad ocurriera más allá de sus intenciones jamás se le ocurriría usar al público para experimentar o algo así. Ocurriría, simplemente, y no dependería ni de las intenciones del artista ni menos de las emociones del público, manejadas o no.

En todo caso, no había nada "efectista hacia los demás", en el sentido que fuera que esta idea se aprecie. Sólo un acento puesto en el ensueño y en el claroscuro, podía autorizarnos a ver la escena desde una perspectiva romántica.

Segunda estación

–¿Cree usted que tenemos muchas oportunidades de ejercer la mutua benevolencia? –fue lo primero que preguntó Greta al visitante, con esa cordialidad impecable que suele ser más evidente en lo trivial; como si hubiera dicho: –¿Qué tal el viaje? o, –¿Desea ponerle azúcar al café? o, –¿Cree que lloverá? o, –Nada indica que la lluvia vaya a cesar... Un tono así. Había algo de cansado en esa voz cortés que, sin embargo, no carecía de los matices que suele caracterizar a las personas fatigadas de su propio entusiasmo. Una voz que desconcertó al visitante porque, además, no parecía dirigirse a él, más aun, no parecía dirigirse a nadie en especial, al menos no a alguien que estuviera presente. El impresionable joven experimentó esta sensación de modo tan agudo que llegó a pensar que efectivamente esas palabras estaban dirigidas a otra persona, como si Greta acabara de concluir un diálogo en otro escenario y él hu-

biese alcanzado a escuchar su voz, involuntariamente. Más aún, su asombro se vio reforzado por el hecho de que el parlamento estuviera expresado en voz tan alta, como si la sala en la que Greta había estado representando fuese inmensa. Sea como sea, se sintió innecesario. Después (mucho antes, de todos modos, de lo que él consideraría "después") se diría a sí mismo –en un tono lírico que no dejaría de sobresaltarlo– que aquella voz era "como el rumor de muchas aguas". Ahora sólo advertía algo más concreto, algo casi tangible. Sentía lo que de inquietante y desasosegado había en esa voz que tomaba cuerpo y rodaba hacia el pecho, para rebotar luego en la garganta y volvía a salir, airosa y fatigada, al mismo tiempo. Una voz "con recorrido", se le ocurrió, y también: "muchas voces en una sola voz". De esa manera era triunfal la voz de Greta, como si ella sola hubiese luchado con todas las voces del mundo en el vórtice mismo del torbellino y trajera, ahora, como un trofeo, lo que había quedado de esa guerra de cascos rotos, maderas, aullidos, restos de ballenas y animales diversos, una Babel hecha de terrores inmemoriales, de fatigas minúsculas, de imprevistos y malentendidos. Y ahora esa voz como la espuma del mar cuando es ya un desperdicio, una nada. Triunfal y desfalleciente, como un mensajero herido de muerte que con voz nítida y hasta regocijada comunica el triunfo de su ejército, allá lejos. El señor Pacheco sintió

un malestar físico, una piedra, casi, en la garganta; un pesar enorme, como si todo el trayecto que había recorrido Greta con su voz fuera un esfuerzo que hubiera hecho él, sin conseguir expresar absolutamente nada.

David Pacheco era una persona que siempre sospechaba de sí, debido a lo que él consideraba una falta completa de imaginación que había terminado atribuyendo a su carácter atemperado o, en todo caso, su carácter le resultaba la comprobación más evidente de ello. De una manera u otra siempre había estado consciente de que le faltaba "vuelo". Como era un hombre demasiado inteligente para creer en la elevación y en las alturas, podemos suponer que la idea que el señor Pacheco se había hecho de sí mismo era una idea tan defectuosa o inadecuada como cualquiera, discutible incluso en todos sus términos, especialmente para el señor Pacheco, pero un enorme mito personal lleno de intrincadas relaciones lógicas ni más ni menos arbitrarias que otras, una creencia, digamos, pero de esas que nos hacen ser como somos.

Esta consideración que el señor Pacheco tenía de sus posibilidades tuvo su peso en este encuentro, al menos en un cierto modo de entender el encuentro mismo. Igualmente, y considerando los hechos, no tiene sentido anticipar nada en esta dirección.

Volviendo a la situación original, al señor Pacheco le hubiera gustado preguntar, por ejemplo (y no lo hacía creyendo que ese impulso era propio de la personas imaginativas, y él –si se atrevía– quedaría como un falso imaginativo), algo así como:

–¿No me equivoco al pensar que a usted los pensamientos le hacen ruido en la cabeza?

Incluso, le hubiera gustado que la extranjera le respondiera. Porque hubiera sido un modo de recolocarse, de "captar su voz", de conseguir que le hablara a él. Pero no dijo absolutamente nada, se limitó a continuar pendiente de ella, con cierto pudor, como pidiendo disculpas por haberse atrevido a sacar –virtualmente– conclusiones poco serias. Mientras tanto, Greta, que un momento antes le había hablado a él (¿a quién si no?), lo estaba mirando con una severidad compulsiva y expectante. Pero no esperó:

–No me responda si no lo desea –agregó con una impaciencia abrupta, al tiempo que, como en una transacción con sus sentimientos, dirigía su mirada con insistencia a la ventana (que continuaba abierta, nunca había dejado de estarlo) de tal modo que parecía que, efectivamente, se disponía a retomar una conversación que el visitante había interrumpido.

–Estoy completamente decidido a practicar la benevolencia con usted –respondió el caballero con una ligereza imperdonable y con gestos apurados como si fuera a retirarse; y un poco más enrarecido to-

do, en realidad, porque tuvo la sensación de que no era él quien había pronunciado estas palabras. Se llevó las manos a la garganta, con la angustia de estar dominado por un ventrílocuo torpe y grosero.

Greta lo examinó con tanto desconcierto y severidad que el señor Pacheco, un verdadero cultor de las formas, se dejó caer en el sofá, pese a que Greta aún estaba de pie y no lo había invitado a sentarse.

–Yo también estoy fatigado –comentó confundido y como para ganar tiempo.

El joven había quedado lamentable e indecorosamente sentado y, para colmo, Greta se fue acercando hacia él resueltamente, como si ella hubiera provocado aquel movimiento de confusión y estuviese satisfecha de que –aun en condiciones algo atípicas– la escena, al fin, se estuviese organizando. De súbito se detuvo, las enormes pupilas grises se congelaron y su voz sonó metálica, angustiada.

–Aunque usted estuviera dispuesto a tomar en serio mi broma sobre la benevolencia ajena a la que encuentro ahora totalmente inmotivada y chocante, aun en ese caso por el cual le pido disculpas, quiero advertirle que hagamos lo que hagamos –el señor Pacheco buscó inútilmente en el tono de esa voz algún indicio de qué cosa se suponía que iban a hacer juntos, pero la extranjera continuó, sin darle tiempo a pensar nada más.

–Hagamos lo que hagamos –continuó (al visitan-

te le pareció que él se había quedado estancado allí por lo que la repetición le resultó más intensa)–, hagamos lo que hagamos –siguió escuchando el visitante, creyendo que era una voz interior–, no intente ser benevolente conmigo –y no era una voz interior la que continuaba–, no cometa ese error que sólo lo dejaría al descubierto y le mostraría que yo jamás podría ser benevolente con usted... Quiero decir que así lo arruinaríamos todo y en verdad –continuó en un susurro– hay momentos en que creo no poder evitar conducirme de una manera horriblemente caritativa... ¡Así es la vida de mezquina con nosotros! A veces la piedad nos gana porque sabemos que los hombres que la han excluido completamente de sus vidas han tenido que volverse locos o criminales –concluyó con la mirada ardiente fija en el señor Pacheco.

David Pacheco se había puesto de pie y avanzó hacia la joven en un intento por dominar la situación, pero su repentina voluntad se estrelló con esa mirada que hubiera podido asegurar que se había posado en él pero miraba mucho más lejos, lo atravesaba y seguía, pasaba a través. Cosa rara, porque la mirada, al tiempo que se proyectaba hacia adelante, se absorbía, se concentraba, se ocultaban incluso las pupilas en esas cuencas voraces. Ojos semejantes a bocas o a cavernas, fue lo que se le ocurrió al señor Pacheco, que había salido del vértigo confusional y más

bien parecía lanzado a ejercer un razonado desajuste de sus sentidos.

Pero no fue esta percepción lo que puso de manifiesto ese temperamento artístico que no sin motivos, algunos, con la lucidez que produce el rechazo, no pierden ocasión de calificar como poco "civilizado". No, lo que delató que el joven tenía –pese a sus particulares ideas al respecto– la típica imaginación "abierta a los sentidos", propia de ese tipo de espíritus, fue el hecho de que sus facultades se intrincaron aún más hasta el punto de que se sintió otra vez presa de su vértigo confusional. Era ese estilo de vértigo que produce, por ejemplo, saber que las cosas que creemos fijas están en movimiento, la seguridad absurda de que los ojos de Greta se hundían en un tirabuzón sin fin, por ejemplo. Literalmente, un tornado infinito en el que nunca podrían quedarse quietos. David Pacheco, es justo aclararlo, no era un hombre timorato, sin embargo –y él mismo no lo advirtió– se tomó del respaldo de la silla más próxima, como si, desesperado por afirmarse en el borde de un precipicio, estuviera a punto de arrojarse al suelo y sostenerse de un manojo de miserables y nada confiables arbustos de los que, indefectiblemente, en más o en menos tiempo, él se desprendería, de todas formas, hacia el abismo.

–Leí su nota –dijo Greta en el preciso instante en que parecía que el señor Pacheco se estaba por arrojar al suelo, sin que por supuesto Greta se apercibiera de ello, al menos de modo manifiesto.

–A juzgar por sus palabras –continuó tranquilamente, incluso con un tono entre cariñoso y superior, un tono de tía rica visitada por el sobrino descarriado que confía en ella para saldar sus deudas. Algo así podría imaginarse, si Greta pudiera parecer una tía vieja (lo que era difícil) pero un tono así, de todos modos.

Y en ese registro fue que el visitante la escuchó seguir, sintiéndose no exactamente un sobrino descarriado, pero sí alguien inferior.

–¿Debo creer que usted desea verme muy fervientemente? –completó masticando la palabra fervientemente como si le resultara difícil de pronunciar.

El señor Pacheco agarrado todavía de la silla se tranquilizó repentinamente al advertir que estaba entrando en la dimensión más pueril del encuentro con alguien que no habla nuestro idioma. Aunque hubiera sido completamente ridículo, en ese contexto, hasta tuvo ganas de reírse, había comenzado a navegar en una dimensión jocunda, el vasto campo de lo alfabético, de los signos, de la traducción. Estaba asombrado como un niño que descubre ya no otro idioma, sino el infantil idioma propio, como cuando aprendemos a leer. ¿Cómo no lo había pensado

hasta ahora? La extranjera, aunque en posesión de un excelente castellano no hablaba su lengua, eso era todo. Este modesto problema del lenguaje explicaba también esa penosa sensación de haber estado sometido, hasta allí, a incidentes miniteatrales, forzado a protagonizar una especie de número de relleno que amenazaba con convertirse en un tratado de la duración. Para el caso era lo mismo. Y todo el malentendido se reducía a eso: no hablaban el mismo idioma. Aunque en verdad pensó: "ella no habla nuestro idioma" y se sintió feliz porque, efectivamente, toda la escena había estado jugada en su lengua, no en la de la extranjera, y esto en un sentido que el caballero consideró tan literal, tan objetivo, que resultaba irrebatible. Todo había transcurrido en castellano.

Pero el malestar volvió enseguida porque, de todos modos el castellano de Greta no era "su" castellano y ahora dudaba si podía decirse a sí mismo tan alegremente como lo había hecho el momento anterior, que todo había transcurrido en castellano.

Por ejemplo, el visitante había percibido que cuando Greta "masticó" la palabra fervientemente él no pudo menos que dotarla de un plus, como si se tratara de un hallazgo precioso en el vasto tesoro de una lengua ajena. Y sin lugar a dudas, podría suponerse que para la extranjera, cada una de las palabras que había pronunciado hasta ese momento, había sido un logro, una conquista. Sólo que el señor Pache-

co –que evidentemente estaba sugestionado– revistió las palabras escuchadas de una gravedad suplementaria, como si el esfuerzo mismo que Greta había estado haciendo –incluso se culpaba por no haberlo tenido en cuenta de entrada– le señalara un desvío en el camino de aquel encuentro, otra dirección. "Robar al niño en la cuna", "arrebatarle la lengua", una serie de imágenes de naturaleza decisiva, horriblemente nómada, acometieron al caballero y, otra vez se sintió fatigado, como si no hubiera sido Greta la que hubiera hecho el esfuerzo de adaptar su pensamiento a otro idioma sino él. Más aún, se sentía como esos espiritistas que dicen poder hablar una lengua extranjera porque un muerto que no descarnó bien se las transmitió antes de partir. Es sabido que estos contactos se corresponden con espíritus malos que no pueden descansar en paz y, presos de la furia, agonizantes, sin salida, comunican algo de su infierno –de su culpable vagar– a alguna persona viva, lo quiera ésta o no, sin pedir permiso. Ser poseído por la lengua de otros no es extraño en ciertas esferas del esoterismo. Pero si aquello de dejar encarnada la propia lengua en otro cuerpo puede no constituir un acontecimiento extraño para ciertas gentes, para el señor Pacheco era una aberración, un espanto, una cosa desagradable que vaya a saber por qué estaba haciendo presa de él. La idea, incluso, de almas vagando o cuerpos invadidos le resultaba repugnante.

–Me siento en la obligación de decirle que vengo por expreso pedido de mi hermana que ha tomado este asunto con gran... sensibilidad –comenzó impulsado por cierto carácter intempestivo surgido de sus asociaciones anteriores.

El visitante concluyó la frase trabajosamente porque le costó elegir una palabra que no anticipara el sentido de sus movimientos –ahora dudaba cuál era ese sentido, pero era preferible anticiparse y estar a cubierto antes que detenerse a pensar–. "Sensibilidad" le pareció una palabra adecuadísima para el caso –se sentía casi feliz de su ocurrencia–. Había encontrado un término que impresiona favorablemente a las mujeres. Por otra parte era una palabra que no lo delataba, pero que resultaba, no obstante su vaguedad, lo suficientemente conveniente como para avanzar y colocarse al fin en posición de averiguar qué cosa sabía la extranjera de su padre o al menos averiguar qué cosa quería él en verdad averiguar.

–Yo no estaría aquí si no fuera en interés de mi hermana, un interés que, por supuesto, considero legítimo –intentó continuar.

–Después de todo se trata de nuestro padre –agregó sintiéndose completamente estúpido por haber llegado a esa aclaración tan perfectamente innecesaria, sintiéndose burlado, incluso, porque la joven respondió a su observación como si efectivamente constitu-

yera un dato nuevo para ella, recepción que lo colocaba en una situación tan ridícula como delicada. Había aclarado justo lo que no era necesario aclarar, lo que había que dar por sentado: su único interés legítimo.

Sin la menor brusquedad, pero con firmeza, Greta interrumpió al caballero y, con una sonrisa que parecía a punto de resolverse en una carcajada muy alegre, lo examinó detenidamente, sin retacear su mirada, al tiempo que con un tono encantador le comentó como quien le da una explicación a un niño sabiendo que no va a entenderla.

–Me repugnan las historias de vida –y su voz era liviana, ingrávida–. Quiero decir, las historias y las intrigas me aburren. ¿Usted lo comprende, verdad? No hay tanto tiempo, después de todo. Las cosas ocurrieron como ocurrieron. Yo las recuerdo como las recuerdo y usted quedaría muy confundido respecto de su padre si yo intentase relatárselas. Debo aclararle que desprecio la memoria, es justo que usted lo sepa ya que no tiene la menor idea de quién soy, o más bien supongo que lo único que tiene de mí son ideas –sonrió Greta, y se quedó pensando un momento en lo que había dicho–. Supongo, de todos modos –agregó con una alegría transparente y delgada como un haz de luz–, creo que, de todos modos, –¿repetía o era una impresión del visitante? Sí, repetía–. De todos modos –repitió por tercera vez, ni em-

pantanada ni presa de la duda, sino como si, con la frase que estaba a punto de pronunciar, se reservara a sí misma una sorpresa feliz.

–De todos modos –continuó realmente feliz–, tengo la idea de que en la mayoría de los casos, si no en todos, sólo creemos olvidado algo que en realidad no pasó. Quiero decir... ¡nos olvidamos de nada! ¡Disfrutamos del olvido como de una sensación pura!

Greta respiró como si el olvido tuviera algún olor desintoxicante.

–Espero que mis palabras no le sumen "intriga" a nuestro trato –agregó divertida–. Le aseguro que lo más apasionante de toda esta situación es que no hay un solo secreto que yo pueda contarle... Quiero decir, no los tengo, o son tan secretos para mí misma que, para el caso, daría lo mismo saber si los tengo o no –concluyó riéndose con una risa tan cantarina como punzante. Una risa que se quebró instantáneamente.

Al señor Pacheco le dio la impresión de que alguien le había ordenado parar allí. Pero Greta no había parado.

–Creo que conducirse de esa manera –me refiero claro, a esa manera contraria a mi inclinación irremediable al olvido– le quita presencia a la situación. Pero verdadera presencia. Como lo dice la palabra: presente, presente, un presente que es realidad pura, lo

concedo, un presente demasiado inmediato para nosotros, demasiado aquí, demasiado concreto, un brillo que nos baña pero que no es distinto de nosotros mismos. ¡Oh, si pudiéramos confiarnos siempre al presente! –suspiró Greta evidentemente tomada por un tema cuyos alcances el visitante no alcanzaba a comprender.

–Es de todos modos un verdadero tema –dijo el visitante en voz inaudible. Y convencido de que Greta no lo había escuchado, agregó para sí–: "un verdadero tema".

Ciertamente el visitante pensaba bajo los influjos de la vehemencia tajante de la extranjera que en verdad tenía más de tajante que de vehemente, más de punzante que de chillón.

Greta había interrumpido su avalancha de precisiones con una aguda sensación de pena, completamente descontenta consigo misma. Volvió la vista hacia la ventana, como si por allí se fugara el presente (o el tema) y únicamente ella lo viera irse.

–No creo haber conseguido poner la rueda de la fortuna entre la palabra presente y el presente –dijo luego con perfecta amabilidad, como si lo que no hubiera conseguido hacer fuera una tarea del orden de lo cotidiano y lo banal, tal como juntar flores del jardín o hablar del tiempo.

Su mirada quedó congelada una vez más y el señor Pacheco se hubiera animado a jurar que sus ojos estaban inertes, fijos. Tuvo el loco temor de que Greta fuera a quedarse así, como una estatua. Cuando volvió a escuchar su voz tuvo la sensación de que era una voz saliendo de una muñeca de cera o de una autómata, especialmente porque la extranjera habló sin cambiar para nada su posición y manteniendo los ojos fijos como si estuviera hablando hacia otro lugar.

–Estamos en la sobreabundancia, eso es obvio –estaba diciendo Greta sin reparar en el sobresalto de su visitante–. Hasta levantamos nuestros ojos al cielo para hacer más real la realidad –continuó como si estuviera citando, sin levantar ella misma, para nada, 'los ojos al cielo'.

–¿No cree usted que nos ha quedado esa tarea absurda y pesarosa! ¡Por Dios!, todo es tan obvio, tan obvio. ¡¿No es asombroso que nos hayamos atascado en lo obvio?! Es..., ¡cómo decirlo! un malentendido neurótico, como no ver un mar extendido frente a nosotros... o una montaña que se yergue, para decirlo en términos no más monumentales pero evidentemente más 'ónticamente' rotundos, si me permite la precisión.

Esta última observación tuvo la virtud de hacer reír a Greta de un modo que atemorizó al señor Pacheco. Fue una risa seca, gutural, una explosión que quedara cortada en el aire.

–Me gustaría –continuó con cordialidad, pero fatigada– que no me tomara por una persona pagada de sus apreciaciones o que cree ser visionaria o alguna cosa así. Todo lo contrario, soy extremadamente poco imaginativa como para ser visionaria. En cuanto a lo de 'pagada de mí', debo confesarle que nunca he entendido claramente esa expresión. Y no son pocas las veces que la han aplicado como una interpretación de mi carácter. Creo que el error está en tomar determinados grupos de palabras (me refiero a 'pagada de sí', por ejemplo) y luego creer que esas palabras 'conservan' algo, algún significado preciso, inequívoco, o más simplemente, creer que las palabras vienen 'pegadas' entre sí y pegadas con las cosas. ¡Qué falta de tacto, de amabilidad, incluso! –protestó Greta como si se lo estuviera explicando a un niño que la hubiera hecho objeto de alguna travesura.

–Supongo que ya habrá observado usted lo que ocurre con los grupos de palabras –ahora se lo explicaba al visitante, sin abandonar cierto tono de reproche– ¿no es increíble que preocupen tan poco estas cosas? La gente toma grupos de palabras inaceptables y las usa sin más.

Greta había vuelto a mirar el cielo por la ventana, los ojos perdidos, sosteniéndose el mentón como una pensadora abrumada.

–Bueno, eso no ocurre sólo con los grupos de palabras –susurró, sin esperar respuesta–. Ocurre en ge-

neral. Es como un mal propio de las palabras: se cristalizan –agregó Greta al tiempo que abría su mano y soplaba delicadamente, la mano extendida hacia la ventana abierta, como si tuviera una pluma en su palma y hubiera decidido echarla a volar.

–Por otra parte, al margen de mis digresiones, yo no entiendo siquiera cómo pueden ser juzgadas las cosas con grupos de palabras tan gastadas, o más bien no entiendo cómo pueden ser juzgadas las personas de esa manera tan grosera, sin que el que pretende juzgar se tome, al menos, el trabajo de meterse con las palabras. ¿No lo cree así, señor Pacheco? ¿No cree que bien vale la pena intentar despegar las palabras, darles vida, en fin? ¿O considera usted que mi pensamiento es demasiado romántico? o ¿moralista, tal vez?

Las preguntas, aunque retóricas, dejaban abierta la posibilidad de que fuera ella la que calificaba sus propias ideas de esa manera.

El señor Pacheco –que parecía no salir de la infantil dimensión de lo alfabético– tuvo, recién en ese momento, la seguridad de que al menos las palabras "pegar" y "despegar" las estaba usando correctamente. Era un modo bastante peculiar de decir las cosas, en todo caso, pero sólo eso.

–No sólo nos cuelgan motes –continuó Greta con signos visibles de aburrimiento, sino que nos fatigan con sus palabras gastadas. Es tan deprimente, tan vul-

gar, tan aburrido, tan inútilmente ofensivo, tan chato...

Las palabras de Greta parecían provenir de un manantial inagotable, un manantial cuya cualidad fuera no secarse nunca, al menos mientras ella siguiera hablando. Y más aún, hasta se tenía la impresión de que el carácter inagotable de esa fuente invisible dependía de que ella no parase de hablar. Por supuesto que estas fueron impresiones del señor Pacheco, pero no unas a las que la señorita Krüll fuera completamente ajena.

–Volvamos a lo nuestro –dijo Greta, que se había animado y parecía querer exhibir su buen humor.

De todos modos, continuó callada un momento más, pensativa pero no abrumada, incluso en su boca se había dibujado esa sonrisa seria que la dotaba de un aire soñador que resultaba adorable. El caballero aprovechó la ocasión para respirar un poco. Otra vez, como si se tratara de su esfuerzo y no del de Greta, si es que Greta en verdad estaba haciendo esos esfuerzos que el caballero le venía atribuyendo, sin reparar en que terminaba, un instante después, atribuyéndoselos a sí mismo.

–¿O es que usted piensa lo contrario? –Greta examinó al visitante con incredulidad completa, pero una incredulidad hacia sí, un "no puedo creer que no me diera cuenta antes de que las cosas podrían ser

completamente diferentes de como las pienso". Parecía una niña a punto de descubrir que había entendido algo incorrectamente sólo porque el resto del mundo le había estado ocultando algo, algo que siempre estuvo allí y siempre igualmente malentendido, como un hechizo.

De hecho Greta recordaba su infancia como una cadena de hechos cuyas conexiones resultaban siempre muy problemáticas, las oposiciones, las conjunciones, las disyunciones, las funciones temporales y causales, las conjunciones, las inclusiones, las pertenencias, las atribuciones: todo se le desligaba, todo era desasido. Mucho peor, mucho peor, porque dicho así como se lo estaba diciendo ahora era, ya, el modo conectado de pensarlo y, de hecho, hasta el día de hoy Greta no conseguía disciplinar los hechos. Se había aficionado a esa desconexión, se rendía a una ignorancia bienhechora que no combatía de ninguna manera. Había sido de ese tipo de niñas que no preguntaba, y no porque no confiara en la respuesta de los mayores, sino por una enorme timidez, propia de cierta creencia en que los enigmas son del mundo, no personales, ni menos de la infancia. Y que son eso: enigmas, sin solución. Es sabido que la perplejidad que deriva de esos caracteres suele perdurar y por eso es posible entender aquello de "¿O es que usted piensa lo contrario?", expresado sin el menor tono retórico. Greta vivía con el temor de no estar comprendien-

do cosas obvias y un terror añadido: que los demás no se atrevieran a decirle que había un dato que a ella le faltaba, lo que resulta extraño, porque, al mismo tiempo que les atribuía esa posibilidad, Greta suponía que el resto del mundo tampoco comprendía eso que ella no comprendía y, por lo tanto, menos podía sospechar lo que, en verdad sí sospechaba, a saber: que los demás fingieran comprender lo verdaderamente incomprensible, como una cortesía hecha a su torpeza. Una megalomanía infernal, reforzada por la intuición de que ese "dato que le faltaba" era siempre el mismo, manifiesto bajo distintos ropajes, metamorfoseado, leve o denso, pero siempre el mismo. Incluso estaba segura de que, como ocurría con la mayoría de las cosas, debía ser algo perfectamente obvio, como no haber reparado nunca en un lunar en nuestra cara, o algo así.

–¿Cree usted que le han ocurrido tantas cosas en su vida que pudieran tener algún interés para mí? –profundizó Greta, pero como si lo preguntara en general, no involucrando especialmente a su interlocutor.

Era, por tanto imposible sentirse aludido personalmente, aunque el señor Pacheco se mostró afectado. Sin causa en verdad, ya que Greta continuaba en su posición nada retórica y sumamente enfática, una

posición subrayada por la sinceridad y la confianza que ponía en la posibilidad de que él –no alguien "en general", sino su visitante–, le diese una respuesta que la pusiera en contra de sus convicciones –si fuera necesario–, una inmoral curiosidad infantil que no teme enterarse de la verdad. O dicho en otros términos, el señor Pacheco sintió que la pregunta "¿O es que acaso usted cree lo contrario?" no era una simple fórmula dictada por la cortesía, sino una real alternativa planteada fríamente. Greta, ansiosa, le afinó la pregunta:

–¿No cree usted que lo que en la vida de verdad le ha ocurrido podría resumirse en el poco dispendioso tiempo de cinco segundos?

El señor Pacheco hubiera jurado que no entendió en lo más mínimo qué quería decir Greta con aquel "de verdad", sin embargo se sintió directamente cuestionado, atacado. Y, a juzgar por la mirada de Greta, que se había desviado nuevamente hacia la ventana, su respuesta iría en un sentido estrictamente contrario del que había emprendido la extranjera. De hecho, otra vez sus miradas se cruzaron en un punto situado más allá del otro, ese punto donde parecían estar ocurriendo siempre las cosas, como resultado de esa fijeza de los dos en su propia miniatura hablada. El visitante (que tenía una suerte de complejo de una existencia poco épica), se limitó a mirar a la extranjera con la tristeza propia del hombre que siempre ha

estado preparado para una batalla que nunca se librará, incluso se acomodó el impecable traje como quien acaricia un uniforme.

Greta lo examinó con una curiosidad indecorosa, como si esperara descubrir alguna cosa en el aspecto exterior del visitante que le permitiría encontrar una respuesta.

–¿Entonces usted es un mensajero? –preguntó ahora Greta como si su inspección hubiese dado frutos. Lo miraba como si merced a esa revelación, lo estuviera viendo por primera vez.

Así al menos le pareció al señor Pacheco que ahora volvía a dudar si Greta usaba las palabras del castellano en el mismo sentido que él.

–Ser mensajero es algo verdaderamente importante –agregó con terrible amabilidad y pronunciando las palabras con una dificultad que era difícil de precisar, y que afectaba fundamentalmente el tono de su castellano.

El señor Pacheco se preguntaba si la clave estaba en que aquella joven era espléndidamente literal, pero él mismo desconfiaba –y ya no de Greta, sino de la posibilidad de esa vía para llegar a algún entendimiento–.

No tuvo demasiado tiempo de seguir sumido en sus pensamientos porque Greta, que más bien se su-

mía en una catarata de palabras –a juzgar por el desarrollo de aquel encuentro– tampoco esta vez se privó de continuar discurriendo sin abandonar el tono trivialmente cortés que había tomado desde el principio.

–Siempre pensé que un mensajero es una figura fantástica, decisiva. Es el mensaje mismo, lo objetivo del mensaje... Me refiero al verdadero mensajero, no estoy hablando, por supuesto de un correveidile contemporáneo de esos que abundan en cualquier reunión. No hablo de los Salones –que para eso aquí estamos usted y yo con nuestras maneras–. El visitante alcanzó a observar que Greta fruncía el ceño y se mordía suavemente el labio como si no estuviera para nada conforme con lo que acababa de decir. En verdad, parecía estar muy irritada.

–Un mensajero debería ser ajusticiado si transmite mala fortuna –continuó Greta y, aunque el visitante sabía que era una manera de hablar, se sintió intimidado.

Pero una manera de hablar que, en todo caso, la extranjera no pensaba abandonar. Porque al instante continuó, en un tono de voz que vaya a saber por qué al visitante le resultó temerario, un temerario infantil, el tipo de riesgo de la piedra libre, esconderse muy lejos y temer que el juego se acabe y nos dejen allí, agazaparse detrás del que cuenta para sorprenderlo apenas dé la vuelta, alejarse mucho o estar muy

próximo, el origen de la famosa decisión de la distancia óptima, esos riesgos que se toman en la infancia, decisivos, tremendos, imborrables.

–Cuando era una niña llegué a pensar que seguramente Dios tenía "mensajeros de repuesto". La alegría se dibujó en el rostro de Greta como un rayo esplendente y se rió con una risa algo boba, como la risa de los sordos, por ejemplo, la risa de quien ha visto poco, también. La risa estúpida y redondeada de los sordos, estilizada y tomando forma en ese rostro tan sofisticado, tan trabajado. Una risa blanca en un rostro así.

Fue en ese momento que Greta lo tomó del brazo –como si el visitante fuera un viejo amigo que recién llegara– y lo invitó a sentarse a su lado en el sillón.

–Sírvase usted lo que quiera –dijo la joven con nerviosismo–. Yo no sé recibir gente, como se dice. Quiero decir, no sé atender a un invitado. Me comporto muy mal al respecto. Por eso le ruego que tome a la letra aquello de comportarse como si estuviera en su casa, lo que siempre me pareció de por sí una cuestión impracticable. En fin... sírvase lo que quiera, por ejemplo, si eso es lo que hace en su casa –repitió, agotada, como si llevara horas atendiéndolo.

El visitante se reconoció completamente maravillado por el modo que tenía aquella mujer de hacer sentir a los demás que se atascaba a cada paso, cuan-

do en verdad no sólo no se atascaba sino que pasaba de un cosa a otra con una fluidez inadvertida. Sin embargo, se las ingeniaba para que los demás resbalaran en esa fluidez, y confundieran sus múltiples maneras para pasar de una cosa a otra –y en verdad eran muy diversas sus estrategias– con tartamudeos, vacilaciones y tropiezos. Tal vez aprovechando, simplemente, la poca estima en que se tiene la timidez. Tal vez era esa misma confusión la que llevaba al señor Pacheco al convencimiento de que la extranjera era deliberadamente torpe, o algo así. Desde que entró a la sala, él había quedado prendado de esa torpeza y ahora se daba cuenta de que se había obligado a protegerla, a estar pendiente de sus menores rasgos, y reconocía, también –justo ahora–, que estos recaudos provenían de que la extranjera era perezosa en sus movimientos, pero una pereza a la que ella parecía sobreponerse de súbito –y ahí se movía como si estuviera urgida por algo, apurada, como si le faltara tiempo, y el continuo de ese choque entre un "todo el tiempo del mundo" y cierta dramaticidad intempestiva existía, y era una torpeza extraña–, como de alguien que hiciera todo en simultáneo. Sea como fuera, el visitante se sentía molesto consigo mismo por haberse movido respecto de ella como si se debiera estar perpetuamente preparado para tomarla como una pluma que cayera de pronto del aire, o como si Greta fuera una orquesta a la que al-

guien se enfrentara con el loco temor de que un instrumento de pronto se descompaginara y siguiera solo o parara, o comenzara a chirriar más fuerte que todos los demás. Pero no era la profusión de analogías –pese a que las atribuía a aquel encuentro– lo que inquietaba al señor Pacheco, sino un miedo concreto real, tangible, práctico –incluso– miedo a que ambos se sumieran en alguna minicatástrofe, a que esa estadía en simultáneo fallara y Greta se tropezara con algo o se olvidara con quien estaba hablando o, más modestamente, más focal y puntualizadamente, temía –lo que lo hacía sentir patéticamente incómodo– que Greta dejara caer unas llaves con las que no había dejado de sobresaltarlo desde que entró a la habitación. Amenazaba con estar a cada momento a punto de usarlas y parecía que se iba a dirigir al lugar pertinente, al tiempo que se daba vuelta hacia el sofá como si fuera a invitarlo a sentarse, intención de la que parecía olvidarse al instante o creer que ya lo había hecho, por lo cual, en verdad, toda la escena se había desarrollado en un espacio reducido, ellos habían conformado un mini cuadro en la enorme habitación, con muy pocos desplazamientos escénicos.

Hubiera sido difícil y completamente inmotivado suponer que el señor Pacheco percibía su situación desde esta suerte de diagnóstico compositivo ya que él, en realidad, sentía que no había cesado de

moverse –incluso se sentía algo descompuesto, levemente mareado–. Había estado siguiendo a la extranjera –como quien dice seguir un juego– siempre pendiente de hacia dónde iba la joven, si es que estaba yendo para algún lado. Todo porque el visitante imaginaba que de la minicatástrofe iban a ir a parar irremediablemente a la catástrofe final, un cataclismo que una vez que empezara no pararía de crecer, casi una comedia de tortas de crema en la cara y mostaza en la pechera que se volviera, para estupor del público, una tragedia. Ahora se habían sentado y el señor Pacheco pudo detener su disparatada y chocante imaginación por un segundo.

Si aquella iba ser una negociación, si podía haber entre ellos algún trato, el señor Pacheco no pudo menos que reconocer que lo que él había empezado a considerar "avances", eran sólo tonos y movimientos que cambiaban la disposición de la trama como una línea más en el primoroso trabajo de una araña tejiendo su red. Y que en ese sentido y sólo en ese, podría decirse que la extranjera se movía en alguna dirección.

El visitante, obligado a sentirse en su casa, no supo bien qué hacer y se dirigió automáticamente al bar a servirse una copa, como si fuera el eterno protagonista de esa escena clásica. La extranjera lo estaba sumiendo en una literalidad desenfrenada que lo llevó a pensar –como un verdadero estúpido– que tal

vez tenía algo de razón y que él no se estaba comportando como si estuviera en su casa sino, simplemente, como un invitado que se atiende solo. Realmente no le encontraba ahora la menor utilidad al hecho de que un desconocido nos diga que nos comportemos como si estuviéramos en nuestra casa con el fin de hacernos sentir cómodos. De todos modos, al servirse su copa –ventajas de lo clásico– pensó que el gesto, nimio, era suficiente para liberar a Greta de esa expresión de infortunio que había hecho presa de ella bajo la forma de un malhumor más bien hastiado y sombrío. Si bien esta vez el visitante estaba completamente en lo cierto y Greta se había molestado, lo que se percibía era apenas una reacción física, como cuando movemos las manos espantando una nube de mosquitos. Pero allí terminaba todo. Las presunciones psicológicas corrían por cuenta del visitante.

Ni bien el señor Pacheco terminó de servirse su copa, Greta se levantó, se dirigió al bar como si la invitada a sentirse en casa fuera ella y, al punto, se dio vuelta mecánicamente y fue notorio que estuvo a punto de preguntarle si deseaba tomar algo, de hecho hasta había levantado las cejas interrogándolo. Pese a que una vez más la distracción era de Greta (ni se había fijado en que el visitante ya estaba con su copa en la mano) se comportó con una soltura que hacía olvidar lo que había dicho sobre sus dotes de anfitriona y, ahora, obligaba a verla a ella como la eterna pro-

tagonista de la escena clásica. Hasta tal punto se produjo una especie de error extremo en la relación entre las últimas escenas que, lanzado a la virtualidad, el señor Pacheco se sintió culpable por su demora en responder a una invitación que, en verdad ni siquiera llegó a tomar forma. Greta ya estaba en otra cosa, mirando hacia la ventana, como si estuviera por convidar a alguien a sumarse a la reunión. El visitante sentía que aún flotaba en el aire el fastidio con que Greta había tenido que explicarle que no podía atender a un invitado. Greta lo había dicho con un tono que delataba que él hubiera debido anticiparse a lo que le pasaba sin que ella se viera obligada a darlo a conocer bajo formas burdas y explícitas. De todos modos, ese tono ya lo había advertido varias veces, era una especie de furor, una impaciencia que no recaía sobre él sino sobre ella misma y que le confería un aire entre abstraído y enojado que el señor Pacheco consideraba (tal vez era superficial y no poco imaginativo) deliciosamente cómico. Considerando su situación a él también le pareció absurdo que le resultara simplemente cómico.

–No sé si hablo muy rápido o pienso muy despacio –le espetó Greta acentuando ese gesto elocuente y serio que llevaba a pensar tal como había advertido el visitante, en una especie de enojo. O, casi al revés, una alegría seria, de eso parecía tratarse. Una alegría de niña, seria.

–A veces creo que algo anda mal en mí. Siento que los pensamientos me hacen ruido en la cabeza –repitió Greta meneando su cabeza con coquetería y ahora sí dirigiéndose decididamente a él–. Al fin del día termino mareada como en una calesita –concluyó con la alegría de quien ha estado en una.

Greta lucía tan feliz que el visitante ni siquiera recordó que, bajo otras circunstancias eso era lo que él había estado a punto de decirle.

–Volvamos a lo nuestro, no dejemos que se pierda nuestro tema –continuó Greta todavía con la sonrisa seria impresa en todo su rostro. Y feliz.

El visitante pensó que, al fin, iba a hablarle de su padre.

Pero, supuesto que la extranjera estuviese dispuesta a hacerlo, se tomaba su tiempo, a juzgar por lo que estaba considerando "lo nuestro" y que puso a consideración del visitante en los siguientes términos:

–¿Usted es un mensajero que trae buena fortuna o merece ser ajusticiado? –le preguntó Greta sin asomo de ironía, usando ese tono que el señor Pacheco había comenzado a considerar estratégicamente extranjero.

–Siempre pensé que un mensajero corre muchos riesgos. Es cierto que no es él quien libra la batalla, pero su suerte depende del destino de esa batalla, de todos modos. Y, de hecho no me refiero sólo a los

tiempos en que los reyes o los señores podían decidir ajusticiarlos sin más, como si la mala nueva se concentrara toda en ellos. 'Ajusticiarlos' –repitió Greta–, hacer justicia con ellos. Sí señor, por medio de ellos otra vez El Señor hacía su propia justicia.

Hablaba como si en verdad fuese ella quien no entendiera. Ese era el tono didáctico contra sí, tan propio de Greta y que suscitaba en el visitante una extraña ternura.

–Cambiar el signo de lo acontecido. ¿No le parece eso algo fabuloso?

Greta vaciló como si en verdad no le resultara tan fabuloso, y cuando continuó su voz tenía, efectivamente, esa tristeza con la que se reconvenía a sí misma de continuo. Hasta tal punto su gesto tuvo visibilidad que se podía imaginar a Greta tachando la palabra fabuloso antes de seguir hablando.

–Tal vez era un modo de olvidar que no se había hecho justicia en la batalla, una debilidad de amos que ya desconfían de su Dios. Sí –afirmó con alegría–, exactamente eso hubiera dicho mi padre, exactamente eso.

Estuvo a punto de preguntar: "¿Sabe usted lo que hubiera dicho su padre?", pero se limitó a sonreír al visitante con una gracia que lo animó –vaya a saber por qué– a correr algún riesgo por ella. Se animó hasta el punto de la coquetería.

–Mi vida al menos no corre riesgos –dijo con una

amabilidad en la que Greta acababa de descubrir algo malsano–. No estoy aquí para comunicar ninguna noticia funesta o algo similar.

–Es usted un hombre muy decidido. Es un rasgo admirable. Pero yo no pensaba en riesgos tan definitivos, aunque creo que debe ser consolador pensar en empresas de esa naturaleza –le respondió Greta con desprecio, con furia incluso.

–No, yo me refiero a otro riesgo –y los ojos de Greta giraron hacia adentro y una palidez cubrió su rostro y al señor Pacheco le pareció que iba a desvanecerse. Pero no fue así; la voz de Greta se hizo más pausada pero no menos firme cuando concluyó, para estupefacción completa del visitante–: ¡El riesgo de no llegar a tiempo!

Y su cuerpo se irguió como si estuviera preparándose para estar a tiempo, como si estuviera buscando el lugar al que tenía que llegar a tiempo. Con una dureza desconocida para el visitante, agregó:

–Estos son aspectos completamente personales y no voy a incomodarlo con las aflicciones de un alma como la mía. Mi padre decía que iba a llegar un día, que el día iba a llegar, me aseguraba, en que yo no estaría conforme con mi propia angustia sino que sentiría una enorme complacencia en angustiar a los demás. Decía que era parte de mi naturaleza estética. ¿Sabe usted lo que su padre hubiera dicho?

Sin esperar respuesta, mirándolo incluso con desa-

probación –parecía estarle reprochando de antemano que no tuviera ninguna respuesta–, Greta se levantó de su asiento y se acercó hacia él como si sintiera una enorme pena por todo y necesitara confiar a alguien un secreto:

–¿Creería usted si le digo que hay corazones demasiado grandes para armonizar con el mundo? ¿Acuerda usted conmigo en que hay espíritus más aptos para la eternidad?

Las preguntas rebotaban sobre ella como un látigo que tratara de parar en seco un caballo. Pero no paró.

–¿Creería usted si le digo que mi padre tenía un corazón demasiado grande para armonizar con el mundo?

No es el modo en que él lo hubiera dicho. De hecho hasta se hubiera burlado de mi modo femenino de interpretar sus emociones. Siempre recuerdo el día en que le pregunté si él no sería más feliz con un corazón más pequeño. Me respondió que un corazón nunca es lo bastante grande para responder a un llamado. Que el suyo, incluso, era un corazón timorato y encogido.

Greta hablaba con una ternura que hasta ese momento había permanecido oculta.

–Era un hombre que parecía perfectamente indiferente a la idea de felicidad –agregó sin matiz alguno que delatara la ternura que había manifestado un

momento antes–. Lo que quiero decir es que, lo entendiera así mi padre o no yo creo que se anda mejor con un corazón más proporcionado, más a la medida de los sentimientos usuales. Mi padre era verdaderamente inconmensurable, fuera de proporción, ¿me entiende? –apuró Greta al visitante con una mirada en la que el caballero creyó ver algo de trastornado. Greta se fue quedando quieta y al señor Pacheco le pareció que las emociones se agitaban en ella como piedras sacudidas rabiosamente en un saco; sin embargo nada en su exterior lo delataba, todo lo contrario, Greta, más bien, parecía haberse distraído.

El silencio se hizo. Y fue como caer en un pozo de paredes lisas y brillantes que nos hiciera perder todo sentido del tiempo que dura la caída. Tanto Greta como el visitante parecían estarse mirando en ese espejo de paredes lisas, sin que en sus rostros se reflejara la menor emoción, como si todo el misterio estuviese afuera, en el espanto de estar cayendo en un remolino inmóvil que los hubiera vaciado de toda expresión, de toda temporalidad. Como si "el momento" hubiese llegado y una mano invisible hubiese limpiado el escenario.

–Supongamos… –comenzó Greta, y su voz no era la misma, era efectivamente postiza, y no como si estuviera imitando a alguien o actuando (cosa que de

por sí hubiera resultado algo siniestra), sino como si una voz se hubiese apoderado de ella y la obligara a hablar–. Supongamos que Abraham no hubiera sido un caballero de la fe. Supongamos que hubiera sido de esos héroes trágicos de las novelas. ¡Vaya! ¡Cómo se hubiese acicalado su valor, cuánto enorme coraje hubiera brotado de su pecho presto al combate!

Greta meneó la cabeza y, poseída por la voz que evocaba, continuó como en trance.

–Demasiado presto, demasiado presto. No llenes tu cabecita con la admiración por el caballero que desea llegar siempre antes... ¡Justo a tiempo llegó Abraham al monte Moriat! A tiempo para que lo imposible ocurriera. ¡Ese sí que no era un hombre confiado en sus propias fuerzas ni encadenado al orgullo del triunfo personal! Pero a ti te costaría mucho entenderlo, querida hija. Estás demasiado complacida con tus dotes y vas a dedicar tu vida a ponerte a prueba.

La voz calló y al visitante le pareció que la sala quedaba vacía. Y no porque la voz hubiera sido atronadora o ruidosa, más bien tímida en todo caso, una voz que encontraba su fuerza no en la firmeza sino en lo que escapa a lo firme, en lo desconocido.

Por supuesto que no era una voz postiza, era un matiz más de la voz de Greta –evocando a su padre– que el visitante, invadido por sus imaginerías de cuerpos y almas vagando, había sobrestimado.

Sólo esa especie de descontrol imaginativo podía

haber colocado las cosas en ese nivel casi sobrenatural en el que la extranjera resultaba una poseída, un personaje legítimo del ocultismo.

–Así hubiera discurrido mi padre. ¿Sabe usted lo que el suyo hubiera dicho? –remató Greta con su clásica amabilidad, completando así el atolondramiento del señor Pacheco que, aunque no podía poner en duda la cordialidad de la extranjera ni su buena voluntad para con él, tampoco conseguía entender en qué sentido se producían los avances de aquella conversación.

Por otra parte, el hecho de que el señor Pacheco se hubiera sentido, desde siempre, predestinado para una acción que sabía imposible de ocurrir, le había conferido una pesadez anímica definitiva, y aun su pecho bien desarrollado parecía pesarle. Era un pecho que salía del cuerpo como un hueso de una herida.

Esta vez el señor Pacheco se tomó un tiempo para responder y aun para examinar la sala y detenerse en muebles y en adornos. Todo con una morosidad insólita: como si lo hubiesen dejado solo en casa ajena.

–Señorita –dijo al fin como quien sale de un ensueño–, voy a confiarle algo. Cuando yo era un niño acostumbraba a leer historias sobre el mar, relatos que me traía mi padre. Cosa extraña si pienso que él nunca había estado en el mar.

A través de esos libros conocí a los verdaderos ca-

pitanes, gentes que no se hacen en una Academia Militar, gentes que hubieran dado su vida para salvar la de un grupo de hombres que ellos consideran, igual que yo, 'dignos del mayor respeto'. Apenas salí de la Academia viajé y no voy a extenderme en esto para no aburrirla. En fin, que así anduve mucho tiempo por el mundo, un pobre viajero snob pensando simplemente: '¡Ah, si apareciera la oportunidad para que yo tomara el mando!', y me acercaba al puerto y miraba los barcos, pero ninguno era para mí. Esto va a resultarle patético y extravagante (y no se equivocaría al juzgarlo así) pero yo ni siquiera me acercaba a ofrecer mis servicios, pensaba que alguien tenía que reconocer en mí al marino tras su disfraz de paseante ocasional. No es necesario que le diga que nadie en su sano juicio tenía motivos para pedirme que capitaneara un barco. (Lo que en verdad hubiese sido absurdo porque yo no era un hombre del mar sino un impostor, un soñador inepto, un egresado de academia que quería salir a buscar mundo como si el mundo estuviese esperando por mí.) Todo lo que quedaba fuera de mi sueño me parecía cómico. Andaba por aquí y por allá, miraba en todas las direcciones, pero miraba en derredor como quien gira en la boca de un tornado. Así era como yo miraba solamente la línea de sombra que separa el hogar del mar. ¡Yo sólo quería tomar el mando! ¡Yo sólo quería hacerme cargo de un grupo de hombres

digno de respeto! A veces llegué a imaginar que si alguien hubiese confiado en mí hubiera sido capaz de aceptar un barco de fantasmas o de cadáveres. Hubiera sido suficiente para mí. Aunque parezca ridículo pasé la juventud en esos sueños. Y de algún modo –dijo el señor Pacheco con una voz desapacible y confiada–, y de algún modo a veces me parece que aunque nunca estuve en el mar tampoco pude regresar a tierra.

–¿Y cómo ha pasado de capitán a mensajero? –preguntó Greta sin asomo de ironía.

La pregunta hizo que Pacheco se preguntara si no había obrado en la dirección equivocada, si no se había conducido de manera extremadamente metafórica. De hecho todo su relato, aunque real era también un símbolo y él había intentado explicarlo con un ejemplo. Todo estaba saliendo mal. Decidido a que la extranjera olvidara su confesión, agregó:

–De todos modos, y por caminos algo extravagantes, ya he respondido a su pregunta: soy una persona a quien le gusta cumplir con su deber y no me he interrogado por mis deseos sino que estoy aquí para cumplir con los de mi hermana. En ese sentido podría decirse que soy un intermediario, o si usted lo prefiere un mensajero.

Greta estaba lánguidamente apoyada sobre el respaldo del amplio sofá, con los ojos entrecerrados y parecía aburrida. El visitante se percibió torpe, gesti-

culante, exagerado y sintió vergüenza como si en el momento anterior se hubiera comportado igual que un niño jugando que se trepa a horcajadas a una silla para timonear su barco. Y su pesadez de ánimo se acentuó, como si la gracilidad del niño jugando y su actuación anterior hubiese constituido un error estético imperdonable, chocante. Lo peor era que sentía que acababa de confesar una verdad, pero si le hubiesen preguntado de qué verdad se trataba no hubiese tenido la menor idea y se hubiese puesto a llorar. Como un niño. De todos modos se sentía liviano, como si el pesar por lo anómalo de su situación no le hubiera impedido sacarse otro peso de encima, cuya naturaleza ignoraba.

–Mi hermana temía que usted no nos tomara en serio –continuó como si ahora, a pesar de que Greta parecía aburrida, sintiese que se lo estaba teniendo en alguna consideración especial y más o menos tarde, o cuando ella lo considerara adecuado, pero al fin llegarían al punto.

Antes de salir su hermana le había hecho una súplica que en ese momento no había podido entender. Dejando a un lado su delicada labor de punto, Irene Pacheco había alzado sus rasgados ojos negros, tan rasgados que parecían adquirir su forma del movimiento de las pestañas, que no se limitaban a bordear

sus ojos sino que los delineaban firmemente, como si las pestañas formaran un surco abierto por una implantación artificial, dolorosa, y el sufrimiento, con el correr del tiempo, se hubiese transformado en una especie de molestia física que la compelía, como en un tic nervioso, a acariciarse las pupilas con las pestañas.

Mientras le acomodaba con devoción el cuello de la camisa, le susurró al oído:

–Ella no se interesa por nuestra historia, querido. Viene de un país donde las cosas no huelen, donde todo es seco, árido, incontaminado.

El rechazo que sentía por su hermana, ahora, en el recuerdo, unido a un cierto ritmo de aquel encuentro, tan monótono como imprevisible, lo desanimaron completamente. Y otra vez experimentó esa sensación infantil de desconsuelo, esta vez porque tenía la certeza de haber perdido el rumbo, pero si le preguntaban a qué rumbo se refería no hubiera podido más que retroceder atolondrado, confundido como un chiquilín que corre a ocultarse para que no lo castiguen. El señor David Pacheco se respingó en su asiento y hasta pareció a punto de echarse a correr, pero su intento de fuga se paralizaba en una pregunta que no cesaba de mortificarlo: "¿Qué cosa había en aquel encuentro que lo condenaba a una serie de incidentes miniteatrales sin ilación?". Y, preso de la honestidad de un hombre de oficios –cosa que el señor Pacheco no era de ningún modo– sintió que es-

taba perdiendo el tiempo y que aquel encuentro no tenía en verdad ningún "hilo conductor" y en su furia se reconoció a sí mismo como un hombre que sólo creía en los resultados. "Resultados, todos buscamos resultados", se repitió recordando a un caballero que se golpeaba la barriga al decirlo, al tiempo que las venas de su frente se hinchaban como si fuesen a producir su propio estallido. Todo había virado así. A lo que se añadía: "¿Qué hubiera hecho su padre?", "¿Qué hubiera hecho su padre?", pronunciado con ese tono sin intención que era tan común a la extranjera y metido en su cabeza como un alimento sin digerir, entero, literal.

Desesperado, el visitante permaneció atornillado en su lugar. Y doblemente atornillado un instante después, porque la voz de Greta volvió a meterse en el ruido de sus pensamientos, se infiltró como un mensaje que nos obligaran a memorizar y hasta le pareció que retenía sus palabras como un mensaje escrito: una página con puntos, comas, letras y más letras de las que no debería olvidar ninguna a riesgo de no poder él mismo descifrar la clave.

–¿Viene usted en busca de algo que perteneció a su padre o es un mensajero? –insistió Greta, completamente ajena a las tribulaciones del visitante–. Le aseguro –continuó con voz firme y alegre–, que eso

cambia la confianza que pueda depositar en usted, drásticamente. Yo podría ponerme a hablar de cualquier cosa, porque cualquier tema es interesante si llega a ser un verdadero tema. ¿Ha observado que la gente no se preocupa por saber si ha encontrado un tema? –agregó Greta con perplejidad, al tiempo que con un ademán soberbio levantaba su mano muy lentamente como si esa gente a la que se refería estuviese muy lejos, y en otra dirección.

Nunca en toda mi vida podré entender a esas gentes que dicen: cambiemos de tema. ¡Qué negligencia! ¡Qué descuido! Es penoso. ¡Con lo que cuesta encontrar un tema!

Pero hasta ahora nos ha ido muy bien –continuó feliz–, y no tendría por qué ser de otra manera si usted no se empecina en contarme historias. No lo haga, por favor, no lo arruine todo –concluyó con una franqueza conmovedora que hizo que el visitante no se sintiera molesto con la súplica.

–¿Cree usted que su hermana está obrando en la dirección correcta?, quiero decir, ¿coinciden los sentimiento de ambos? –dijo echando los ojos hacia atrás y frunciendo el ceño, como si hubiera en ello algo condenable, algo inmoral.

David Pacheco tuvo la súbita e inmotivada sospecha de que las últimas palabras de Greta no las estaba escuchando ahora, sino que venían de otro momento y de otro lugar: ¡no ahora!, ahora sólo retornaban a su cabeza –eso le parecía– como el mensaje cifrado que memoriza el mensajero. Greta –era evidente por el modo en que continuó– seguía pendiente de su tema.

–No digo un cartero o un recadero que me resultan personajes inaprensibles, perfectamente inverosímiles.

El modo fatigado de Greta, unido a la perplejidad extrema que manifestaba, permitía imaginar que su cabeza era escenario de un desfile de miles de trajes de recaderos de distintas épocas y lugares. Como una niña que mirara un desfile de fábula o una enciclopedia del mensajero o una colección de postales alusivas al oficio.

Greta se quedó mirando al visitante con cara sumamente interrogativa.

–¿No cree usted que cada uno de nosotros carga con palabras demasiado ocupadas? –preguntó con pena. A lo que agregó después de un silencio muy breve y hablando completamente para sí–: Están las cosas, están las palabras, hay un aislamiento de las cosas en las palabras y también hay una soledad de las palabras (se interrumpió justo en el momento en que David Pacheco comenzaba a pensar que aquella voz no pararía nunca). ¡Cómo fatigan las palabras, y las

cosas, y las cosas que son palabras, y las palabras, que son cosas...

Otra vez se había lanzado con ese ritmo que hacía suponer que no dejaría nunca de hablar. Sin embargo, Greta abandonó instantáneamente su tono patético y mirando a su visitante regocijada concluyó:

–Leer sin saber el alfabeto. En directo.

Greta lanzó una carcajada fugaz, como si estuviera sola. Fue un instante. Casi irreal, como si no hubiera dejado de hablar.

–Todo esto debería resultarle estúpido –continuó acentuando su "debería" de un modo que evidentemente la perturbó.

Suavizando su tono agregó de un tirón:

–Seguramente lo estoy haciendo participar de un pensamiento ocioso, gratuito, casi literario, pero ya le he hablado de mi naturaleza estética y no quisiera deslizarme por esa pendiente personal. Odio lo personal, me repugna.

Se interrumpió contrariada. Fue un instante, pero, curiosamente, la extranjera no dejaba blancos. La pausa, en ella, era un instante diferente, una inquietud, si se quiere, y no una inquietud a la que el señor Pacheco fuera indiferente.

–Esto va a resultarle estúpido, había continuado Greta, sin que el visitante alcanzase a hacer ninguna de estas reflexiones, simplemente se pudo advertir que el caballero estaba suspendido de las palabras de

la extranjera, como ante un juego nuevo o ante un hechizo.

–Lo que voy a decirle no es menos estúpido –Greta en verdad no se había interrumpido–. Siento un terrible pesar por mis ideas ociosas. Pero no es el pesar lo que evita que me deslice en lo gratuito, en lo trivial, en lo que no le interesa a nadie. Por ejemplo, uno podría escribir todo un tratado sobre los mensajeros, sus fatalidades, su destino fijado, los malentendidos surgidos de la tarea, su vocación, su condena y tal vez no...

David Pacheco estaba tan pendiente de sus palabras que hasta parecía dispuesto a escuchar toda la escritura del tratado, si a Greta se le antojara escribirlo.

–Pero ése no es para mí un verdadero tema. No, no lo es en realidad –dijo acentuando la puerilidad de toda la escena, manifestando una convicción tan honda que el visitante no pudo menos que pensar, una vez más, que no era ella quien tropezaba y que aquella mujer, aun en el caso de perder alguna vez la cordura, lo haría sólo si estuviera segura de que el suelo era firme.

–A usted puede resultarle estúpido (y suposiciones como la suya contribuyen a que haya pocos temas). ¿Sabe por qué los mensajeros son un tema? –dijo sin atribuirle importancia a la expectación que el visitante ponía en toda la cuestión, simplemente como si estuviera resolviendo un acertijo para sí y eso

le produjera un regocijo íntimo, pleno, y perfectamente incomunicable–. O, mejor, ¿sabe por qué los recaderos no son un tema para mí?

David Pacheco esta vez no advirtió que él podía estar resultando completamente innecesario.

–¡No puedo terminar de darles crédito! ¡Es inútil! Los miro de reojo, miro a nuestros recaderos actuales ir y venir, servidores públicos o privados, ¡da lo mismo...! Casi todos tenemos la desgracia de estar protegidos por alguna Institución –concluyó Greta, sin que se entendiera la relación entre esta desgracia y la de los recaderos, aunque era bastante obvia para Greta misma, que siguió adelante–: Eso nos desvanece, nos saca del mundo, nos evapora, nos vuelve superfluos, fantasmagóricos.

Se detuvo. Daba la impresión de que el tema ya no le interesaba y su expresión cambió completamente. Se fue acercando al visitante como si fuera un viejo conocido recién llegado a quien fuera a estrechar la mano. Pero no fue eso lo que hizo, sino que se inclinó sobre él y lo examinó como si estuviera buscando una pelusa en su solapa.

El visitante se sintió absolutamente incómodo, porque por un momento tuvo la no menos incómoda fantasía de que la extranjera iba a depositar un beso en su frente. Había habido en su fantasía una inadecuación tan pura que ni siquiera llegaba ahora a avergonzarse.

David Pacheco tuvo la sospecha de que Greta, pese a tanta meticulosa amabilidad, no reparaba en su persona ni terminaba de hablarle a él. O, en todo caso, las palabras que escuchaba no coincidían con "esa" escena. Como si todo transcurriera en algún otro momento, cosa que resultaba imposible porque él acababa de conocer a esa mujer. No había tenido con ella ninguna relación, hasta aquel día.

Sin embargo, se tomó la cabeza con las dos manos, mareado, convencido de que no era la primera vez que escuchaba a la extranjera. Incluso lo acometía la sensación de que era al revés, que todo el diálogo (sus parlamentos y los de Greta) eran bloques que retornaban ahora a su cabeza, como el martilleo del mensaje cifrado que memoriza el mensajero.

Aunque Greta estaba silenciosa, David Pacheco todavía escuchaba el eco de su voz en la sala.

Como el sonido del copo de nieve rozando la campana de cristal del universo, quedaba una vibración de la que estaba tanto o más suspendido que de las palabras. Más, tal vez, porque en esos casos David Pacheco tenía miedo de que Greta no hablara nunca más y toda la escena se evaporara. A lo largo de todo el encuentro –desde el comienzo– el visitante no se había podido sacar de encima la extraña sensación de que había algo irreal. Hasta tal punto se había visto acometido por esta irrealidad que, en más de una ocasión se había quedado esperando que Greta desa-

pareciera como un actor que se retira del escenario saludando amablemente.

–Esto también debería resultarle estúpido –continuó Greta desmintiendo todo temor del señor Pacheco– pero yo siento pesar por mis ideas ociosas. "Eres espantosamente estética", me decía mi padre y él sabía lo que era el espanto, sin lujo, sin ornamentos. Mi padre era un hombre preciso, no le daba lo mismo una palabra que otra.

David Pacheco dejó escapar una sonrisa asombrada, una sonrisa vaga como la que puede despertar una sombra, una línea, una luz, una hoja nueva que sólo nosotros estamos viendo. Resulta difícil definir mejor esa sonrisa pero, evidentemente, era producida por esa gama de tonos de los que Greta no se privaba. No bien terminó de decir "mi padre era muy preciso", se quedó mirando al visitante como si esperara su sonrisa, como si ella misma supiera que a veces –y ésta había sido una– hablaba como una niña que se enseña una lección a sí misma, reconcentrada, asegurándose cada palabra como si pudiera no salirle la próxima, y aun, como si la próxima no la supiera o como si no terminara nunca de aprender la misma línea.

–Era muy preciso, señor Pacheco –se repuso Greta al instante, y su voz continuó como si las palabras se le adelantaran–. ¿No es verdad que a veces las palabras nos dan lo mismo? –y no había el menor aso-

mo de coquetería en su pregunta. En todo caso, sí había una promesa, sí había una amenaza, pero sólo porque el señor Pacheco no estaba acostumbrado a los tratos y menos a uno en el que no sabía qué cosas había en verdad que negociar. Él era un hombre tímido, y la señorita Krüll no le facilitaba las cosas. No abría ningún camino definitivo para llegar al punto, y no era timidez lo que le impedía hacerlo. Si algún gesto en Greta Krüll podría haberse confundido con timidez era la penetrante intimidad de su orgullo.

Fue, incluso, movida por ese orgullo que miró al visitante como si hubiera dicho algo inconveniente, una confidencia. Sonrió para sí como esperando su propia disculpa. Estaba visiblemente perturbada como si algo se hubiese arruinado definitivamente.

Tercera estación

Al atardecer del día siguiente, David Pacheco volvió al departamento que ocupaba la señorita Krüll en un hotel del centro.

Había sido el día tan claro y luminoso que el crepúsculo no auguraba nada bueno y, aun antes de que el sol se ocultara, las cosas del mundo habían comenzado a rodearse de una atmósfera sombría, amedrentada. Parecían prepararse para la infelicidad y el desfallecimiento, ellas solas.

–Y cuando el sol se oculte completamente todo resultará una verdadera caída –fue lo primero que le dijo la extranjera al visitante, sin volverse de la ventana, concluyendo sobre el estado de las cosas con suma seriedad.

El señor Pacheco no pareció asombrado de encontrar a la joven en la misma posición del día anterior. Incluso le resultó alentador porque, en verdad, aquella modesta pero nítida repetición instalaba de

entrada un aire de cuestión exclusiva que proporcionaba una atmósfera confortable, si se sabía disfrutar de ese sentimiento, de alguna manera.

Hasta tal punto la escena tenía algo de determinada y prevista, de ya ocurrida, que hubiera uno podido imaginar que la extranjera hubiese dicho de todos modos lo que dijo aunque el señor Pacheco no se hubiese presentado; o, viéndolo de otra manera, de un modo más humano, más optimista, el caballero entró a la habitación justo a tiempo para recoger esas palabras que –esta vez ya no lo puso en duda– le estaban destinadas. Un éter de optimismo, el optimismo de la repetición con su irremplazable olor familiar, conocido. Una alegría por lo que se sabe que va a volver a ocurrir, tras otra vez y tras otra, un exagerado y tal vez inmotivado optimismo, hizo que el señor Pacheco reemplazara la sensación de que todo aquello ya había estado ocurriendo por la insólita seguridad de que ese encuentro no dejaría nunca de ocurrir. Siempre como encuentro: de eso estaba seguro. Estaba seguro de un absurdo, pero de eso estaba seguro.

Mientras tanto, Greta asomada a la ventana, había estado sonriendo como si estuviese en poder de un secreto dichoso.

Cuando se volvió, el señor Pacheco sólo alcanzó a ver el "hálito loco" de esa sonrisa. Percibió el cosquilleo en la comisura de los labios, las cejas todavía erguidas en la risa y todo le evocó –una evocación extraña porque el señor Pacheco no había "visto" la risa de Greta– y, sin embargo, evocó la risa, la sintió. Así de seguro estaba el señor Pacheco del ánimo favorable de la extranjera respecto de lo que él continuaba llamando, con agrado, "nuestra cuestión".

Pero de la risa –si es que esa risa había tenido lugar fuera de las inferencias del visitante–, no quedaba ya ni siquiera el hálito loco, sino, directamente la locura. Unos ojos de hálito loco, una voz de hálito loco, un amenaza general de que todo podía verse envuelto por el hálito loco repentinamente, en cualquier momento, sin transiciones.

–¿Cree usted que será necesario relacionarnos? –preguntó Greta, primero con cautela, y aun como si la pregunta misma le resultara penosa. Y la voz de Greta, que siempre tenía algo de desfalleciente, chocó con la voz del visitante que intentaba parar los efectos del hálito loco con un comentario estable y puntual, firme. Una voz ajustada a las palabras que pronunciaba, unas palabras ajustadas a las ideas que se querían expresar. Una voz cuyo mérito consistía en generar confianza, y sin embargo, esas palabras salidas del hi-

lo dorado del pensamiento, no fueron escuchadas por Greta. Hasta se tuvo la impresión de que el señor Pacheco era un actor que hubiese equivocado el momento de su parlamento y Greta, para cubrirlo, se hubiera visto obligada a sobreactuar, hablando en voz muy alta, decidida a hacer que el público olvidara el error.

A juzgar por la intervención inaudible del visitante, el hecho de que las cosas no hubieran virado definitivamente o (lo que es lo mismo dado como el visitante lo estaba considerando), el hecho de que Greta no hubiese perdido su curso para siempre, no sólo no lo había dejado en una posición mejor, sino que lo alejaba cada vez más de la posibilidad de "tomar el mando". Es obvio que el visitante estaba convencido de que no era él quien iba a perder el control, y que aun en el caso de que llegara el momento que esperaba, ese momento después del cual él hablaría de antes y después de ese momento, aun en ese caso –extrema toda espera del momento–, el viraje –de lo real esperado– a lo real real, ese viraje no lo incluiría a él. Se veía a sí mismo excluido del torbellino de una posible y radical transformación en los términos de su encuentro con la extranjera y, esa idea, lo desmoralizaba completamente. Si hasta allí la vida del señor Pacheco había transcurrido como la de un hombre preparado para una batalla que no se libra nunca, ahora él estaba dispuesto a arrojarse a la ac-

ción, una sensación de querer lanzarse a la mutación, una transformación intempestiva. Cualquier transformación, pero alguna.

–Relacionarnos –le escupió Greta sin reparar en lo brusco de su gesto–. Relacionarnos, como lo dice la palabra: entrar en relación, como lo dice la palabra, medirnos –carraspeó sin interrumpirse y Greta estaba siendo tan elocuente que cualquiera hubiera dicho que estaba a punto de lanzarse sobre las palabras, como si fueran cosas. La vieja consigna de "a las cosas", una ilusión de esta naturaleza, una locura así.

El señor Pacheco continuaba atornillado, y las palabras, masticadas con furia y desdén, caían sobre él como si le estuvieran arrojando cosas. Tuvo la imagen de una jovencita caprichosa sacando el papel de relleno de una caja y desparramándolo en cualquier dirección y en completo desorden. Una escena de palabras lanzadas al aire como papelitos crujientes y una jovencita coqueta revolviendo los moños y demás fruslerías buscando el sombrero recién recibido, protegido y envuelto en una casa elegante. Este tipo de fantasías acometían al visitante que en su intento de frenar el fluido loco que emanaba de Greta parecía volverse loco él.

En todo caso, más que a un acuerdo o a un punto en común parecían estar creando un medio –loco–, en común, como si hubiesen decidido que ese era el mejor medio para llevar adelante un trato.

–No quisiera que usted diera por sentado que debemos comportarnos de un modo que nos mantenga indiscernibles –agregó Greta con su tono de niña que busca enmendarse, un tono que hizo que el visitante retrocediera en sus experiencias y volviera a pensar que, efectivamente, había algunas palabras del castellano, que o bien la joven no manejaba en el sentido usual o de las que, directamente, ignoraba su significado preciso.

–La gente busca tener una personalidad –dijo Greta como si el señor Pacheco pudiera no estar enterado. Y, barriendo toda duda de que su manejo del castellano la tornara insegura, agregó–: Quiero decir –y se mordió los labios con preocupación–. Podría ocurrir que usted hubiera estado creyendo que tenemos que dirimir algo en un lucha de personalidades. La gente piensa cosas tan curiosas hoy –continuó Greta con amabilidad–, que yo prefiero precisar de entrada algunos prejuicios.

Por ejemplo –dijo Greta como si estuviera enseñando un idioma extranjero y buscara un equivalente en su lengua–, ¿no intentaría usted persuadirme de lo contrario si yo le asegurara que soy una persona de muy poca personalidad? ¿Entendería mejor lo

que digo si le confieso que en verdad aspiro a ser perfectamente imperceptible? Como en esos cuadros en que el fondo se traga el relieve de las figuras o las figuras comienzan ya en las cosas y en realidad no son tragadas sino que sus límites se han expandido.

Greta lucía cansada. Y por un momento el visitante volvió a tener la sensación de que aquel encuentro padecía de una irrealidad que lo trastornaba. Esta vez tuvo la convicción de que Greta iba a ser absorbida por la oscuridad que ya había ocurrido, fatal.

–No voy a fatigarlo con estas extravagancias –continuó, pese a todo, la joven: alegre y divertida y sin mostrar el menor signo de fatiga.

–De todos modos creo que usted ya sabe que no tengo ningún secreto, ni siquiera para usted –subrayó Greta, procurando que estas últimas palabras fueran claramente entendidas.

Hubo un efecto extraño en todo este último monólogo, porque Greta había hablado al tiempo que no dejaba de reírse y, sin embargo, sus palabras se habían escuchado con claridad extrema. Como el sonido de un reloj que se escucha más bajo pero más alto a medida que lo alejamos, así de clara había continuado su voz entre la risa, casi como si hubiese logrado un simultáneo perfecto.

–Señorita Krüll... –y esta vez lo perfectamente audible venía del visitante que exhibía el ánimo del hombre que cree que la batalla todavía puede ser librada, cosa que la extranjera debió de percibir a su manera porque sus ojos se iluminaron con escorzos de luz, aquí y allá en las pupilas grises, como cuando, al atardecer, algunas veces, con calma y sutileza (eso es seguramente necesario) vemos pinceladas doradas en un río. Así bañaba la luz aquella mirada como pequeñas olas constantes repiqueteando de manera deliciosamente monótona sobre la línea dura del río, la línea que es tanto lecho y fondo como superficie.

El señor Pacheco se quedó suspendido de esa mirada como si estuviera viendo una pista de patinaje inmóvil a punto de quebrarse de tantas muescas y rayones. Idas y venidas que dibujaban una telaraña fiel y constante como el preciso bisturí de la costumbre.

–Mi hermana necesita saber si mi padre la ha hecho depositaria de sus papeles –dijo al fin–, y en los ojos de Greta las muescas de luz se agitaron primero como partículas descontroladas y aturdidas y luego como animales furiosos encerrados, por lo que su mirada pasó del asombro a la insolencia y luego, como si alguien hubiera barrido de un plumazo la pista de patinaje, borrando toda huella, sus ojos se revelaron impecablemente indiferentes: una indiferencia perfecta como una perla arriba de un sobrecito que al cerrarse hace click. Ojos definitivamente ilegibles.

–Señorita Krüll –continuó el señor Pacheco con voz firme, completamente fuera del vértigo confusional, como si hubiera, incluso, renunciado a ejercer ese desajuste de sus sentidos que tanto lo había conmovido un instante antes–, mi hermana considera que esos papeles, en el caso de existir, deben volver a la familia y yo, en principio, no soy contrario a sus sentimientos –agregó sin titubear–. Quiero decir: si mi padre ha dejado papeles es lógico que la familia los conozca y los conserve –agregó David Pacheco con una desdeñosa desilusión completamente inmotivada.

–¿Quiere hacerme creer que es usted un hombre así de simple? –preguntó Greta sin que sus palabras delataran el menor desprecio por la simpleza–. En todo caso –Greta dijo simple de una manera expeditiva, dijo simple soplando suavemente con los labios como si la simplicidad fuera un globo perdiéndose en el aire.

El señor Pacheco sintió que el cuerpo le pesaba y sus mandíbulas se tensionaron en una mueca que él mismo no advirtió.

Calculaba, con completa certidumbre, que la extranjera y él no compartían el mismo concepto de simplicidad, al menos respecto de algunos puntos generales de aquel encuentro. El visitante daba por sentado que ciertos principios respecto de la prioridad que tiene la familia en las cuestiones de herencia no iban a ser puestos en tela de juicio, y si bien la joven

no se había manifestado explícitamente en contra de esa dirección, el solo hecho de haberse comportado siempre en "su propia dirección", su ductilidad para apoderarse del diálogo (hecho que la había transformado en protagonista de aquellos encuentros), todas las prerrogativas que Greta se otorgaba a sí misma, contribuían a crear la sensación de que, en el caso de que uno de los dos tuviera allí derechos naturales sobre cualquier cosa que se disputara, ésa era Greta.

En todo caso hasta daba la impresión de que no sólo era ella quien tenía todos los derechos sino que tenía el derecho máximo: el de reservarse la posibilidad de no revelar la existencia de esos papeles y dejar a la familia Pacheco en el enigma definitivo, en una suerte de extravagante estado literario que enfureció al visitante.

La cuestión –y tal vez el problema había sido concebir aquel trato como "nuestra cuestión"– se complicaba para el señor Pacheco de una manera feroz. En principio porque él no esperaba nada de aquellos papeles y en verdad cuando dijo que no era contrario a los sentimientos de su hermana respecto de la pertenencia "natural" de aquellos papeles a la familia no había expresado con ello ninguna creencia particular, sino que, efectivamente se había limitado a transmitir los sentimientos de su hermana. Y aunque, de he-

cho, se había ido interesando por los papeles a medida que escuchaba a Greta, no por eso se sentía en mejores condiciones de encarar algo así como un trato. Si le hubieran preguntado de qué naturaleza era el trato que estaba llevando adelante ni siquiera hubiera podido asegurar que aquellos encuentros indicaran que entre la extranjera y él hubiera, realmente, un trato para hacer.

Y tal vez la confusión amenazaba con ser mayor porque Greta –como si no hubiera escuchado nada– se volvió hacia la ventana –el señor Pacheco hubiera asegurado que había en el gesto mucho de pudor–, miró hacia el cielo que se oscurecía como si hubiera algo que no comprendiera. Miró hacia un lado, hacia el otro, se irguió, se ladeó, todo lentamente, como esperando el momento en que toda claridad fuera absorbida. Y Greta parecía creer, literalmente, en alguna absorción –o fenómeno similar–, porque otra vez parecía que iba a salirse de la ventana como si alguna cosa le dificultara la visión y ella se viera obligada a perforarla para ver más allá, en el punto donde la oscuridad y la luz que se habían comportado como dos bloques distintos dando vueltas en el espacio pudieran entrar en relación, encontrar un punto común, un destello al menos del acoplamiento, como la luz roja del crepúsculo que no iba a aparecer.

–En síntesis, ¿cree usted que esta será una lucha entre personalidades?

Y Greta lo dijo irguiéndose suave y firme, siguiendo el ritmo con que pronunciaba la palabra personalidad, un ritmo esforzado, como si la palabra personalidad pudiera ir creciendo a medida que la pronunciaba y gracias a ella se fuera irguiendo justo a tiempo, justo a tiempo, antes de evaporarse junto con el día y desaparecer en la noche.

Greta se erguía al tiempo que su mirada se levantaba –casi como si mirara hacia el techo– y había en su aire entre cómico y soberbio un algo de pudor, pudor para sí y para el mundo, como si, sea como sea que se conciban las cosas, fuera necesaria siempre alguna reserva caritativa.

¿Caridad para quien? Esa es una pregunta demasiado difícil de contestar en este mundo en que, inexplicablemente, lo obvio se ha revestido del carácter de lo inexplicable.

David Pacheco creyó entender que Greta no sólo se estaba acercando al punto de aquel encuentro sino que ella ya estaba allí mucho antes que él y que, en verdad, de entrada había estado hablando de su padre –de los papeles de su padre, incluso– y que él no había sabido conducir la conversación hacia sus propios intereses. El señor Pacheco no advertía la contradicción que significa suponer que todo en Greta había sido intención de llegar al punto y él no lo había comprendido.

La contradicción estribaba en que si esto era cier-

to y el visitante había sostenido también él aquel encuentro en el sentido de su interés, parecía lógico concluir que, o ya hubieran debido de llegar al punto, o se había instalado entre ellos un malentendido irremediable que iba mucho más allá del modo de conducirse del señor Pacheco que, por otra parte, había dado muestras de una paciencia y una seriedad admirable, propia de las personas honestas.

Pero afortunadamente para la marcha de "nuestra cuestión" el señor Pacheco no pensó las cosas en estos términos sino que se sintió optimista, casi feliz, incluso. Como si estuviera poniendo a prueba su alma y sin asomo de cobardía saliera al encuentro del peligro, como un pecho desnudo frente a un sable.

Era una suerte que el señor Pacheco se estuviese tomando las cosas con esa cobardía del que se inmola porque allí estaba Greta acometiendo de nuevo o sin haberse interrumpido nunca.

–De una manera o de otra, no creo que nadie escape al deseo o a la contrariedad de tener personalidad. Algo debe haber en eso de considerarnos interesantes. Interesantes –aclaró Greta con el tono pedagógico que cada tanto la superaba.

Interesante, como lo dice la palabra, considerarnos de interés, poseedores de alguna suerte de secreto personal o profesional –agregó Greta dejando escapar una risa franca y admirativa–. Un interés por nosotros mismos y aun por los demás que debería resultarnos

alentador, supongo –manifestó tomándose la cara entre las manos como si siguiera apoyada en la ventana mirando a lo lejos.

Aunque el visitante no lo había manifestado, le seguía pareciendo que las ideas de Greta chocaban dentro de su graciosa cabeza con un movimiento tan alocado como exacto, un toc-toc mecánico como de pájaro picoteando un tronco, un movimiento monótono pero infatigable como el cruce de los sables en un duelo.

Así de atento estaba el señor Pacheco quien, pese a lo precario de toda su actuación frente a la extranjera, estaba convencido de que ambos habían estado representando no el mejor papel, seguramente, pero sí el único que les era posible (y por lo tanto el mejor) y que, si de todos modos, resultaba difícil llegar a algún trato con Greta era en razón de ese pudor enigmático que él había percibido de entrada al intentar capturar su mirada. Sí, la clave estaba en lo huidizo de su mirada y si la imagen no resultara penosamente ridícula se hubiera atrevido a confesarse a sí mismo que la mirada incapturable de Greta, perfectamente ilegible y siempre lanzada en cualquier dirección, era un viento violento que lo dispersaba todo, sin que encontrara un punctum, una certeza, una fijeza. Y, en consonancia con sus imaginerías de vendavales él no dejaba de sentirse una partícula más de los millones de partículas que la joven barría con

la mirada "que no se dejaba capturar", barría y desechaba con una energía que no ocultaba su desilusión.

¿Es que Greta no miraba? El señor Pacheco llegó a planteárselo así, casi como un defecto neurológico o perceptivo, como si aquella mujer tuviera una mancha delante de sus ojos que la enceguecía y le impedía ver más allá. No parecía ciega sino enceguecida, enceguecida por alguien, por algo.

El señor Pacheco no llegaría a enterarse (no sabemos si llegó a enterarse y, aun, si sus reflexiones continuaron en esa dirección) de que esa mirada ciega era una de las tantas manifestaciones visibles de que Greta, perfectamente estética, había heredado de su padre el arte de escandalizarse con las proporciones. En eso residía todo. El relato de la inmensidad del gesto de Abraham al sacrificar al hijo se había estrellado en su cabecita infantil con la inmensidad inconcebible de Dios. Y ahí, en esa falta de proporción, Abraham resultaba pequeño frente a la escandalosa grandeza del Padre. Y entonces su padre (para ella el más grande, nada de corazón timorato o encogido), y, sin embargo, era su mismo padre quien decía que nadie era pequeño frente a Dios.

¡Demasiado temor y más de temblor había recibido de su padre esa jovencita "confiada a sus fuerzas"! Como resultado de esa confianza que obviamente anticipaba su carácter estético, Greta había terminado dramatizando el arte de las proporciones. De la Mi-

niatura al Universo. De lo infinitamente grande a lo infinitamente pequeño, hasta que terminó creyendo que era ella la que con su mirada empequeñecía o agrandaba el mundo y los objetos que la rodeaban. Un esfuerzo tan desmesurado como su sentido de las proporciones. Como si fuera ella misma quien permitía que las cosas se vieran. Como la luz.

Tal vez el señor Pacheco tenía razón y la mirada de Greta no podía dejarse capturar. Su mirada estaba allí, a disponibilidad de la más pura desproporción de la realidad que se le ofrecía como si ella estuviese para hacerle lugar, para darle espacio.

Lo cierto es que todo era demasiado grande o demasiado pequeño para esa mirada enceguecida que parecía ver sólo de lejos o sólo de cerca sin puente alguno, tan cerca como sus propias pupilas vueltas del revés, enloquecidas, más allá de sí mismas –de tan cerca–; o tan lejos, tanto como para imaginar que en algún rincón del universo, está nuestro día de sol, en perfecto silencio, enceguecido de su propia plenitud, tan en su pequeña miniatura como la misma Greta.

El señor Pacheco no había reparado inútilmente en el fastidio con que Greta masticaba las palabras y las desechaba. Lo que no había advertido todavía es que Greta ya no hablaría más. Dueña de una sensibilidad martirizada por lo musical que la llevaba a creer que había una especie de música en el fondo de las cosas, o, como un poeta más ingrávido, creía que exis-

te en algún lugar del universo, inútil para otros, ni malo ni bueno, ese nuestro "día de sol".

El visitante se sintió completamente solo. Ya no temía que Greta desapareciera de pronto de la habitación sino que ahora le parecía que ella nunca había estado. La mujer que estaba frente a él ya no le parecía frágil. O, en todo caso, exhibía esa pequeña gran salud que algunos estudiosos han atribuido a los artistas. La salud que sobrevive a un golpe muy fuerte, la salud del que ha visto cosas muy grandes que superaron sus fuerzas.

¿Tendría su padre algo que ver en ello?

El señor Pacheco, novelesco hasta el fin, estaba dispuesto a averiguarlo.

Pero ya había empezado el final.

Caídos como estaban en el silencio, ocurrió, esta vez ocurrió.

Greta sacó unos papeles viejos de un cajón. Unos papeles bellamente dispuestos y se los entregó con una sonrisa perfectamente muda e ilegible.

Todo viró hacia otra época, como si eso, eso de ahí, hubiera definitivamente ocurrido muy allá, en una especie de para siempre imposible, en esas novelas con las que ya nadie sabe qué hacer.

Greta se evaporaba por la ventana y la tediosa línea de sombra era atravesada por una flecha de luz tan precisa, tan exacta, tan sinuosa. Una flecha musical, si fuera posible.

Índice

Primera estación 11

Segunda estación 25

Tercera estación 75

Una mujer espera apoyada en el dintel de la ventana. La imagen es interrumpida por la llegada de un hombre, y lentamente se adivina una historia de amor que se desenvuelve en una atmósfera de misterio. Entre las frases que intercambian se filtra el verdadero fin de la visita: Greta Krüll, la extranjera, posee algo que el Señor Pacheco desea. De manera ferviente y al mismo tiempo tímida, los personajes construyen una escena en la que los movimientos son tan exactos como en una pieza teatral del siglo XIX.

El relato preciso y terso de Milita Molina cifra una sutil narración de lo íntimo. En su prosa se cruzan, seguramente, Henry James y Flaubert, a la vez que una cierta osadía alcanza la escritura.

Una cortesía se descubre como una reliquia cuya belleza deriva directamente en el placer.

PERFIL LIBROS